

## ÍNDICE

<i>Cristian Franklin</i> .....	2
<i>Unas gafas para ver</i> .....	5
<i>¿Por qué?</i> .....	8
<i>Un camino hacia mi sueño</i> .....	10
<i>Retos y caramelos</i> .....	12
<i>Deseo concedido</i> .....	14
<i>12 de Octubre, el sonido de las decisiones.</i> .....	17
<i>¡Usa tu libertad para hacer el bien!</i> .....	19
<i>El pequeño misionero</i> .....	21
<i>El sueño de Alicia</i> .....	23
<i>Las cuatro piedras</i> .....	26
<i>El octavo valor</i> .....	28
<i>Haz lo que quieras</i> .....	30
<i>Monocromía</i> .....	32
<i>Haz lo que quieras</i> .....	34
<i>Somos dianas</i> .....	37
<i>Elige lo que quieras</i> .....	40
<i>Una elección importante</i> .....	42
<i>Haz lo que quieras</i> .....	45
<i>De piedra</i> .....	48
<i>Perdona, ¿Eres feliz?</i> .....	50
<i>Lo bonito de la amistad</i> .....	52
<i>El carro de la felicidad</i> .....	54
<i>El luthier</i> .....	57
<i>Haz lo que quieras desde el corazón</i> .....	60
<i>La galleta de la fortuna</i> .....	65
<i>Voz interior</i> .....	68
<i>Live</i> .....	71
<i>La historia de las palabras de nuestra vida</i> .....	74
<i>El hombre ejemplar</i> .....	78

## CRISTIAN FRANKLIN

### Capítulo 1

“El accidente que cambió mi vida”

Nueva York, Atlantic Ave, año 1940.

Estamos situados en el barrio por el que el señor y la señora Franklin suelen pasear todas las tardes. Es su costumbre y no dejarán de hacerlo cuando nazca su hijo. Pero, ¿y si, sin querer, pasan por donde no deben?

Nueva York, calle Abigdon, año 1942 / 2:30 a.m.

Se oye desde el salón el sonido de un teléfono, Adrian Andrews se dirige a cogerlo.

- ¿Sí?- pregunta con voz de cansancio- ¿Quién es?
- ¿Señor Andrews?- dice una voz que proviene del teléfono-
- Sí, soy yo.
- Buenas noches, soy el agente Roller, de la policía de Nueva York, lamento comunicarle que su hija y su yerno han muerto en un accidente de coche.

Andrews deja caer el teléfono al suelo lentamente.

### Capítulo 2

“El primer día en la escuela”

Nueva York, calle Abigdon, año 1948.

- ¡Cristian!
- ¿Sí, abuela?
- ¿Estás listo para tu primer día de colegio?
- Sí, pero estoy un poco asustado. ¿Y si no hago amigos? ¿Y si a los demás no les gusta lo que hago o cómo soy?
- Entiendo que estés asustado, pero quiero que tengas en cuenta una cosa, nunca dejes que lo que digan los demás deje a un lado lo que piensas tú.
- Gracias abuela.

### Capítulo 3

“En el instituto Midwood”

Brooklyn, septiembre 1955.

¡Bienvenidos todos al Instituto Midwood! Esperamos que disfruten su paso por nuestra escuela.

Cristian se dirige a su clase cuando nota dos pequeños golpes en el hombro. Al girarse se encuentra a un niño moreno y de ojos verdes.

- Disculpa, ¿podrías decirme dónde es esta clase?- pregunta mientras le enseña un papel con el número de una clase.
- No, lo siento, yo también soy nuevo. Hasta luego.

- Espera, ¿cómo te llamas?
- Cristian.
- Yo me llamo Pablo, ¿te importa si buscamos la clase juntos?

Comedor del Instituto Midwood

Brooklyn, mayo 1956.

Cristian y Pablo se sientan juntos a comer, como todos los días. Hoy celebran que el equipo de fútbol del colegio ganó el campeonato gracias a Cristian. Tres niños se acercan a ellos y se sientan a su lado.

- Oye Cristian, ¡buen partido! Qué pena que desaproveches oportunidades como esas para estar “en la cima de la pirámide”. Yo podría arreglarlo, ¿por qué no te vienes conmigo a la otra mesa?
- No gracias, estoy bien aquí – dice Cristian en tono cortante -, donde quiero estar y con quien quiero estar.

#### Capítulo 4

“La decisión más importante”

Instituto Midwood, año 1959.

- Señor Franklin. Reúnase con el director, por favor.

En la sala del director

- Dígame señor, ¿por qué me ha llamado?
- Franklin, es un honor para mí comunicarle que ha sido admitido en el Instituto Tecnológico y que le ha sido concedida una beca completa para realizar allí sus estudios.  
Cristian está sorprendido y confuso, no sabe qué hacer, ingresar en el MIT es el sueño de su vida, pero estar tan lejos de casa..., dejar a sus abuelos ahora que son mayores....
- Creo que necesitas ayuda para tomar una decisión – le dice el director.
- ¿Usted cree?
- Sí, Cristian, sé que es una decisión muy difícil, tanto tus abuelos como yo podemos darte nuestra opinión, pero quiero que tengas en cuenta una cosa, siempre, siempre tienes que decidir con libertad.
- Sí, señor, gracias.

Esa misma noche, Cristian tomó una decisión, sabía que a veces la vida no te deja escoger, como le ocurrió cuando siendo un bebé murieron sus padres, pero en esta ocasión él era el que tenía las riendas de su destino, y estaba preparado para cogerlas bien fuerte y seguir su camino: ¡Se iría fuera!

A sus abuelos los visitaría cuando pudiese y siempre los llevaría consigo en su corazón, pero la oportunidad que le brindaron sus abuelos al hacerle estudiar y guiarlo en su día a día, no podía quedarse en un punto muerto. Siempre le enseñaron que la libertad es un don preciado y que saber hacer uso de ella de forma adecuada es lo más importante. Y eso estaba haciendo, intentar labrarse un futuro y ayudar, esa era su meta y ahora la tenía al alcance de su mano.

Colegio Plurilingüe Esclavas del Sgdo. Corazón

A Coruña

## UNAS GAFAS PARA VER

*Libertad: Facultad y derecho de las personas para elegir de manera responsable su propia forma de actuar dentro de una sociedad.*

*Derecho de pensar y expresar las propias ideas y criticar las contrarias sin ninguna presión de la autoridad.*

Estamos en el año 3025, en el planeta Freedom. Nuestro gobernante es el señor presidente Gal, su vicepresidente es el señor Amil, el secretario del vicepresidente es el señor Fol y el secretario del secretario es el señor Vip.

Nuestro planeta es un lugar perfecto para vivir. Todos tenemos nuestras necesidades básicas cubiertas (ropa, comida, agua, luz, colegio...); no existe la violencia, todos tenemos un sueldo por igual, por lo que no importa que seas abogado o basurero. No tenemos vacaciones porque nuestra forma de vida es lo suficientemente agradable y el estrés no existe en nuestro vocabulario. Todos nos ponemos a la misma hora a trabajar y terminamos a la misma hora; cenamos lo mismo, tenemos las mismas mascotas, conducimos los mismos vehículos y, todo esto va cambiando, dependiendo de la decisión de nuestro querido presidente, el Sr. Gal.

Perdón, no me he presentado; yo soy Think, el inventor. Llevo mucho tiempo trabajando en mi laboratorio; tanto tiempo que creo que nadie se acuerda de mí.

Mi proyecto era muy ambicioso. Quería fabricar unas gafas que permitieran leer el pensamiento de las personas que nos rodean y saber de verdad qué es lo que piensan. Y hoy, por fin, lo he logrado. Esta idea se me ocurrió porque no creo que todos los habitantes del planeta Freedom sean realmente felices, ya que no actuamos como queremos, sino como decide el Sr. Gal.

¿Por qué tengo que vestirme de azul, si el día es soleado?

¿Por qué tengo que comer ensalada, si a mí me apetece pizza?

¿Por qué tengo que tener un gato, si yo quiero tener un perro?

¿Por qué tengo que llevar zapatos, si me apetece pisar la hierba con mis pies desnudos?

Todas estas preguntas que yo me hago, quiero saber si los demás también las piensan; y con estas gafas lo sabré.

He salido con ellas a la calle y me he cruzado con gente que va a trabajar, y ninguno parece contento. Todos nos saludamos cordialmente, pero me he llevado una gran sorpresa cuando he podido escuchar lo que pensaban:

“Otro día igual”, “Hoy toca de azul”, “No me gustan los gatos”, “El Sr. Gal siempre tiene razón”, “Me gustaría hacer novillos”.

Esto me ha producido una gran tristeza. Vivimos en un planeta maravilloso, pero nadie es libre para decidir lo que quiere hacer.

Me siento en un banco del parque Green y guardo las gafas en un estuche especial que conserva su poder. Todo el mundo me mira, pues a esta hora nadie puede estar sentado en un banco; son horas de ir a trabajar. Respiro profundamente y me dirijo a la casa presidencial del Sr. Gal para hablar con él. Primer obstáculo: el secretario, el Sr. Vip, me da permiso para hablar con el secretario del secretario, el Sr. Fol, que, a continuación, me da permiso para hablar con el vicepresidente, el Sr. Amil, y éste, a su vez, me concede una visita con nuestro presidente, el Sr. Gal.

He tenido suerte; como todo está planeado, tiene tiempo suficiente para hablar conmigo, ya que siente curiosidad por algo que no tiene controlado.

Le entrego el estuche y le digo que él tiene LA LIBERTAD de abrirlo y utilizar lo que hay dentro, pero corre el riesgo de que no le guste lo que descubra.

Como él es el presidente, está convencido de que nada podrá perturbarle y, después de un segundo de tensión, decide abrirlo.

- ¡Unas gafas! ¿Tanto misterio por unas simples gafas? ¿Para qué quiero yo unas gafas?

-Para ver- le respondo.

-Le veo a usted perfectamente- contesta de forma contundente.

-Ya lo sé- le replico nuevamente. -Sr. Gal, usted me ve por fuera sin gafas, con ellas podrá verme por dentro.

Con cara de duda y, sin creer lo que le estoy contando, decide ponérselas y descubrir lo que estoy pensando: “Me siento infeliz por no poder decidir. Me gustaría que cada uno de nosotros pudiera expresar sin miedo y sin coacción lo que siente.”

Sobresaltado, se quita las gafas y, por fin, puedo verle con cara de asombro al no poder tener mis pensamientos bajo control.

-¡Amil, Fol, Vip! ¡Todos aquí! ¡Os quiero delante de mí! - grita encolerizado el gobernante.

Acuden corriendo y una vez delante del Sr. Presidente, éste se coloca de nuevo las gafas y puede escuchar asombrado lo que piensan de él: “¡Qué rollo! ¿Y ahora qué? ¡Siempre mandando!”

La cara de Gal se ha entristecido. Nunca se hubiese imaginado que sus súbditos fuesen tan infelices y que toda la culpa se deba a su egoísmo de no dejar a su pueblo ser libre para decidir lo que quiera.

Sin dudarle un momento, ha reunido al consejo y ha dictado un bando en el que se puede leer:

“A partir de hoy, le concedo a mi pueblo la libertad de decidir sobre sus vidas.

El mayor tesoro que una persona puede tener es ser respetado por sus ideas, por su estilo de vida, y sus creencias.”

## EPÍLOGO

Año 3026, ha pasado un año desde mi entrevista con el Sr. Gal. Nuestro planeta Freedom continúa siendo un lugar maravilloso donde poder vivir, pero ahora hay una gran diferencia: las calles tienen color, la gente está feliz, los restaurantes sirven un sinfín de comidas, cada uno de nosotros pasea a su mascota preferida, nos reunimos en el parque, debatimos lo que no nos gusta y, lo más importante, expresamos lo que sentimos.

FREEDOM SE HA CONVERTIDO EN UN PLANETA HUMANO...



## ¿POR QUÉ?

Las seis, hora de levantarse como todas las mañanas de la semana, después tocaba hacer la cama, preparar el desayuno, lavarse los dientes y por último vestirse.

Félix, era un chico normal a simple vista, pero que tenía una ideas revolucionarias comparando con el resto de personas que habitaban en su país, donde todo estaba estrictamente estructurado, con puntualidad inglesa y sin error alguno. Él estaba harto de esta rutina, de la rutina en general, eso era lo que iba pensando de camino al colegio, donde le esperaban esas aburridas clases que no tenían ninguna utilidad práctica en ese momento.

Durante la clase de sociales, cuando la profesora se dedicaba a explicar el papel de los esclavos en el antiguo Egipto, a Félix se le pasó por la cabeza una de sus insurgentes ideas: ¿Somos en cierto modo como ellos?, Nuestro futuro ya está decidido por los mayores, no tenemos capacidad de elección ¿Por qué?

Al volver a casa, como era costumbre, vio al vecino paseando al perro a las dos treinta y uno, ni un minuto más ni menos. Era martes, eso significaba que su madre le prepararía una lentejas, y él como buen hijo se lo agradecería pero no sin antes ver al cartero que pasaba por allí desde que Félix poseía, por suerte o por desgracia, el don de la memoria.

Esa misma noche, después de ducharse tras dos horas justas de estudio, se planteó expresar su opinión a los demás, pero al segundo, se dio cuenta de que eso sería imposible, nadie le tomaría en serio; su familia sería excluida por tener un hijo tan rebelde, nadie querría juntarse con ellos. Félix se regañó a sí mismo por esa idea tan estúpida. La cena transcurrió tranquilamente, su padre llegó a casa a las nueve en punto, como debía ser y cenaron pescado, como todos los martes.

Llegó la Navidad y las clases, que para Félix parecían eternas, por fin habían terminado. Se suponía que en esta época del año todo el mundo debía de estar feliz, lleno de alegría e ilusión, pero para Félix no era más que otra Navidad, no tenía ilusión por reencontrarse con su familia al completo ya que los temas de conversación siempre eran los mismos; ni por salir con sus amigos a pasear a la feria navideña, donde comerían algodón de azúcar como siempre. Los regalos tampoco eran ninguna sorpresa: un jersey de lana azul y un par de calcetines también azules, ya que como decía su madre: “el azul es el color más adecuado para un niño”. Lo único que verdaderamente entusiasmaba a Félix era, por muy raro que parezca, el tiempo, el tiempo atmosférico: un chaparrón nocturno, una suave nevada, un día soleado en el que el sol te acaricia la piel... Esto era totalmente impredecible, aleatorio, espontáneo a veces.

Esa navidad tocaba hacer un viaje como todos los años, pero esa vez el viaje sería al extranjero por decisión unánime de sus padres, viajarían al sur, a Italia.

Nada más aterrizar, Félix empezó a distinguir los cambios, la gente iba de un lado para otro en el aeropuerto, algunos sin rumbo fijo, otros con prisa. Pero el cambio más grande fue cuando llegó a Nápoles, una ciudad que



lo marcaría de por vida, nunca olvidaría su tráfico alocado, ese olor de pizza recién hecha y esos helados de colores tan vivos como las flores; la gente andaba sin prisa alguna, los niños jugaban tranquilamente y los turistas admiraban los preciosos monumentos. Allí, simplemente, se perdía la noción del tiempo.

Llegado fin de año y estando de vuelta en casa, Félix no podía dejar de pensar en Nápoles, esa ciudad, definitivamente, le había enamorado, era completamente lo opuesto a la suya, había decidido que cuando fuera mayor se iría a vivir allí, pero cada vez tenía más claro que debía de hacer algo por sus amigos, familiares y ciudadanos de su país; no podía dejarlos vivir esa vida, no estaban captando gran parte de su significado.

Cuando fueron a tomar las uvas, al lado del gran campanario, se encontraba un escenario en el que se estaba dando un concierto. La gente no gritaba, no cantaba, no bailaba, simplemente estaban sentados, escuchando atentamente; al terminar se aplaudió como era correspondiente con 21 palmadas justas, y esto fue la gota que colmó el vaso para Félix.

Subió al escenario esquivando a sus padres y cogió el micrófono, el público empezó a alterarse, nada de eso entraba en los planes que tenían para celebrar año nuevo, pero Félix simplemente se limitó a sacar afuera toda la impotencia que llevaba reprimiendo en su interior durante años.

- Buenas noches, señores y señoras. Hoy estoy aquí para librarles, para librarles de la monotonía, para dejarles disfrutar de esa gran parte de la vida, de la cual se les está privando. ¿Por qué los martes no se puede comer garbanzos en vez de lentejas?, ¿Por qué no puedo tener unos calcetines naranjas en vez de azules?, ¿Por qué uno no puede elegir su futuro?, ¿Por qué simplemente no podemos hacer lo que queramos?; déjenme aconsejarles, y es que si hiciéramos las cosas de una manera más alocada, más impredecible, haríamos de este mundo un lugar donde existirían las verdaderas ilusiones, pero sobre todo, donde existiría la libertad.

Fernando Ruiz Mazo 2ºB ESO

Colegio Sagrado Corazón

Córdoba

## UN CAMINO HACIA MI SUEÑO

Pisando fuerte, fue como llegó esta aprendiz de médico hacia lo desconocido, lo soñado, lo esperado desde que tenía tan solo doce años.

Fue con esa edad, con la que Cristina, decidió poner rumbo hacia un lugar en el que a los mejores se les consideraba dioses, y a los peores, ineptos por dejar pasar una vida tras otra como si no tuvieran sentido alguno.

Comenzó su primer día de trabajo como interna de cirugía, es decir, como si estuviera en el último lugar de la cadena alimenticia de los cirujanos. Ella, junto con otros cuatro internos, no sabían nada, sólo sabían que se habían metido en terreno peligroso, donde un fallo, le costaría la vida a una persona. Pero aun así, todos venían llenos de valor, fuerza y ganas de demostrar que servían para dedicar sus vida a los demás.

A cada grupo de cinco internos se les asignó un residente (médicos con más experiencia y capacitados ya para operar ya para enseñar a un grupo de internos sin experiencia). En el grupo de Cristina, se podría decir con bastante claridad que ella era la más lista, la que más valía para ser médico.

El residente que les tocó, no era muy simpático que digamos, era una doctora dura, y a la que se le podía distinguir una autoestima bastante alta. Tenía las ideas claras en cuanto a las enseñanzas que les iba a dar a sus internos. Esa residente, se podría decir que jugaba con ventaja, ya que era la residente favorita del jefe de cirugía. Por ello, el jefe le había asignado el mejor grupo de internos, es decir, los que habían obtenido mejor nota en los exámenes de la facultad.

A cada interno, su residente, la doctora Troy le asignó un paciente, o como ellos lo llaman, "un caso".

A Cristina le tocó una historia no muy alegre y no de color de rosa que digamos. Le tocó un niño de ocho años al que, cuando tan sólo tenía cinco años, le diagnosticaron leucemia, también conocido como cáncer de sangre. Llevaba tres años esperando en la lista de trasplantes a que su sueño, tal como le dijo a Cristina, viniera un ángel del cielo y le diera una médula para que su mami dejara de llorar y pudiera quedar con sus amigas como hacía antes.

Cristina tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar, ya que no quería que el niño viera que su médico lloraba, para no causarle más miedo aún del que el paciente y su madre ya tenían.

Unas horas después, Cristina fue a hablar con la madre de Mike, es decir, del paciente con cáncer. Cristina le preguntó que si daba el consentimiento para hacerle unas pruebas a Mike, pruebas rutinarias para que los médicos especialistas pudieran saber y observar con precisión cómo iba el cáncer de Mike. La madre le dijo que hicieran lo que fuese conveniente para la mejora de su hijo.

Cristina, aunque su residente les dijese que actuaran como médicos y que no se involucraran emocionalmente en la vida de los pacientes, decidió saltarse esa norma y preguntarle a la madre del paciente cómo era su vida

desde que a Mike le diagnosticaron cáncer. La madre le contó que cuando supieron la desgracia, el padre de Mike, que hasta el momento no había habido problemas en su familia, decidió abandonarlos, yéndose y dejando toda la responsabilidad y el miedo a tan solo una persona: su mujer y la madre de su hijo.

Contó que su hijo al principio estaba enfadado con su padre por haberlos abandonado, pero después, ella tuvo que soportar lágrimas y lágrimas por parte de su hijo lamentando cuánto echaba de menos a su padre. Le dijo que era muy duro no poder derramar una sola lágrima por todo el sufrimiento que estaba pasando, ya que no quería que su hijo sufriera por ella.

Pasaron las semanas, y por fin, una magnífica noticia sobrevolaba a esa madre e hijo: ¡había una médula para Mike!

Mientras que Cristina preparaba a Mike para la operación, notó algo extraño en Mike, parecía triste y con miedo. Le preguntó qué le pasaba y él le contestó que su gran sueño era ser jugador profesional de baloncesto, pero que todos los médicos y su madre le decían que era imposible, que tendría que hacer algo no tan estresante. Y no sabía si después de operarse podría hacerlo o no.

Cristina le contestó: "A mí desde pequeña me encantaba la medicina, pero todos me decían que era imposible, que para ser médico había que ser más de lo que yo era. Y yo luché por lo que quería ser sin importarme lo que dijeran, y aquí estoy, siendo médica mejor que nadie. Así que te digo que hagas lo que quieras, pero siempre con el corazón."

Al final Mike superó la operación y pudo jugar al baloncesto gracias al consejo de Cristina. Y ella, se convirtió en una EXCELENTE cirujana.

Carmen Canseco Sepúlveda,. 2ªA ESO

Colegio San José

Cádiz

## RETOS Y CAMELOS

Me desperté una mañana fría de invierno, era sábado, bajé a la cocina a desayunar. Encendí mi móvil, y mientras bebía mi rico zumo de naranja y comía alguna galleta, me puse a responder mensajes de WhatsApp. Vi que me habían metido en un grupo, estaba mi amiga Alicia, los gemelos Sergio y Borja y dos números que desconocía. Di los buenos días y me respondieron las personas que no conocía, ellos se presentaron, y yo también. Uno se llamaba Diego y luego estaba su amiga Ana.

Después de una corta conversación por el nuevo grupo, fui a mi cuarto a estudiar, y diez minutos después, me interrumpieron mis padres. Me dijeron que qué hacía tan pronto levantada, eran las nueve y media de la mañana, no me parecía tan temprano, pero bueno. Ellos bajaron a desayunar, y yo, ya desconcentrada, decidí mirar los nuevos mensajes de mi móvil. Me preguntó Alicia si podía quedar esta tarde y así conocer a Diego y Ana. Pregunté a mis padres y me dijeron que podía ir.

Llegó la tarde, y yo estaba sentada en un banco del parque esperando. Vino Alicia junto con Diego y Ana. Pregunté por Sergio y Borja, y Ana me dijo que estaban de viaje.

Como apenas nos conocíamos (excepto Alicia y yo, que somos amigas desde hace unos años) decidimos jugar a un juego que Ana se inventó, consistía en hacer preguntas a una persona, ésta podía decidir si responder o no, pero si no respondía debería hacer un reto que le pondrían los demás. Después de varias cuestiones, Alicia me preguntó cuál era mi color favorito, al ser una pregunta tan simple, decidí hacer un reto. Diego y Ana eran unas personas muy pillinas y me obligaron a hacer el reto de "coger prestado una caja de caramelos de la tienda de la esquina", sí, me obligaron, cosa que no me pareció muy bien, pero bueno. Realmente soy una persona muy inocente y que no sabe imponerse.

Cogí "prestada" la caja de caramelos de la tienda. El señor de la tienda no se dio cuenta de que me llevé la caja sin pagar, ya que había muchísima gente. Pensé que ellos pagarían la caja de golosinas, y me equivoqué y decidí pagar la caja más tarde. Fui con Alicia y mis dos nuevos amigos y abrimos la caja para comer las golosinas. De toda la caja de caramelos que había robado en aquella tienda, me llamó la atención un envoltorio de papel plateado en el que se podía leer escrito en enormes letras negras: cómeme y harás lo que quieras. Me quedé mirando fijamente a la frase, hasta que decidí comérmelo. Me gustan los caramelos con frases, pensé.

Desde que robé aquella caja, se me notaba que no estaba a gusto conmigo misma, eso me dijo Alicia en bajito. Y era verdad, no estaba contenta de haber robado. Me sentía fatal. Les dije a Diego, Ana y Alicia que iba un momento a la tienda de los caramelos.

Tuve suerte, apenas había gente. Mientras esperaba en la cola para pagar, cogí mi monedero y miré cuánto dinero tenía, unos diez euros aproximadamente. Se iba reduciendo el número de personas en la cola, quedaban dos, y ya me iba a tocar. Estaba confusa, realmente no sabía si era lo correcto pagar o volver al parque con mis

amigos, si le decía al señor que había robado una de sus cajas, seguro que se enfadaría y me denunciaría, pero si me fuese sin pagar, no pasaría nada, pero no tendría la conciencia tranquila. Ya era mi turno, el señor me habló, y yo muy nerviosa le expliqué qué había pasado. El señor empezó a reír, yo tenía los ojos llorosos, pensé que me iba a denunciar. Él me respondió, dijo que le pagase, pero que esperaba que esto no volviese a pasar. Le pagué y le prometí no volver a robar. Me quedé muy tranquila al saber que el señor no iba a hacer nada.

Volví con mis amigos, y ya no estaban, sólo Alicia, que me dijo que Diego y Ana se habían ido, ya que no les caía bien por haber hecho lo correcto y haber pagado al señor de la tienda. Se habían llevado la caja de caramelos. Realmente me daba igual que no les hubiese caído bien, hice lo que debía, y mi conciencia ahora está tranquila.

Volví a casa, eran las siete y media de la tarde, me senté en el sofá y entré en WhatsApp, salí del nuevo grupo, si no les caía bien para qué iba estar en él.

Y ésta fue una lección más. Hoy aprendí que debo hacer lo que yo quiera, tomar la decisión de aceptar o no, y pensarlo todo dos veces.

Marieta Diego Sánchez, 2ºESO B  
Colegio Esclavas Sagrado Corazón  
Santander

## DESEO CONCEDIDO

De toda la caja de caramelos que había robado en aquella tienda, llamó su atención uno envuelto en un papel plateado en el que se podía leer escrito en enormes letras negras: "Cómeme y harás lo que quieras."

Estuvo observándolo durante un largo rato, pensando que no era más que una fantasía tonta. Pero, a la vez, no podía dejar de dar vueltas a la idea de que podría ser real.

"¿Y si...?"

Se convenció a sí mismo que no perdía nada probando. "Total, solo es un caramelo", se repetía una y otra vez, buscando argumentos que no le hicieran sentirse codicioso, pues una oportunidad como la que tenía ante sí era muy, muy apetecible en todos los sentidos. Y entonces, sin darse más tiempo para la reflexión, desterró de su conciencia cualquier resto de sentido común que le quedara.

Y cogió el caramelo.

Y le quitó el envoltorio.

Y jugueteó con él.

Mientras, se justificaba a sí mismo con argumentos del tipo de que no iba a perder nada por probar, eclipsando cualquier otra alerta que le lanzara su conciencia acerca de la ética de lo que se disponía a hacer.

"Total, solo es un caramelo. Y si funciona, podré ser por fin un chico popular; me admitirán entre los grupos de los triunfadores"

Y se lo metió en la boca.

Y engulló el caramelo.

Y no pasó nada.

Fueron pasando las horas y no notaba nada especial. Se atrevió a formular esos deseos ocultos que habían ido acomodándose en lo más profundo de su ser y de los que nunca había hablado con nadie; esos deseos por los que habría vendido su alma al diablo con tal de verlos cumplidos.

Y llegó el momento de entrar al instituto.

Y sonó la campana anunciando el comienzo de las clases.

Y ocurrió.

Deseó ser el que sacara la mejor marca en las pruebas de Educación Física de ese día. Y, sin apenas esfuerzo, logró dejar impresionado al profesor y al resto de los compañeros. Se oyó incluso algún silbido de admiración que alimentó su vanidad durante tanto tiempo dormida. Y pensó que era una sensación agradable.

Deseó sacar la mejor nota en los exámenes de aquella jornada. Y así fue. Dejó de ser invisible para el resto de la clase. Y las chicas empezaron a mirarle de una manera diferente.

Deseó ser el mejor jugador del equipo de fútbol en el partido que se disputaba ese día. Y fue él quien metió el gol de la victoria. Lo sacaron a hombros del césped; vitoreaban su nombre. ¡Su nombre, él que solo había existido hasta entonces para los raritos del instituto!

Deseó tener un grupo de amigos para salir el viernes por la noche. Y tuvo que escoger entre todas las cuadrillas que hasta ese mismo día le habían ignorado o de las cuales había sido objeto de burlas.

Deseó que la chica más popular del instituto quisiera pasar la velada con él. Y ella estuvo sentada a su lado durante todo el rato, deshaciéndose en elogios y atenciones hacia su persona.

Era como caminar por el cielo. Nunca se había sentido como uno de ellos, como uno de los otros. Y a la vez, nunca se había sentido tan desdichado.

Desdichado porque, durante su día de gloria, se había olvidado de sus amigos de verdad; de los compañeros con los que había compartido tantas confidencias, tantos momentos de conexión especial. Esos incondicionales cuyo vínculo de unión se había ido afianzando lentamente a lo largo de los años, y cuyo sentimiento de amistad les había hecho crecer como un solo tronco; esos corazones que le habían acompañado en sus momentos más oscuros, llorando y riendo con él, siempre a su lado.

Para maquillar ese sentimiento de desdicha y poder convivir con él, deseó que sus leales amigos se apartaran de su camino. Ahora él era uno más de los populares y ellos estorbaban. Triunfaba en el instituto, era la estrella del equipo de fútbol, las chicas le miraban con un brillo especial en los ojos. Sus amigos los “raros” estaban de más en esa ecuación. No quería que nadie le asociara con ellos porque corría el riesgo de perder su nueva posición de ídolo.

Y deseó que se alejaran de su vida.

Y sabía que algo estaba haciendo mal.

Y no se sintió bien.

Pensó detenidamente en todo lo que le estaba sucediendo. Y sintió vergüenza de sí mismo. ¿En qué clase de persona se había convertido? ¿En qué tipo de deseos había utilizado el poder del caramelo? ¿Se sentía orgulloso de sus logros?

Deseó eliminar ese último anhelo y sustituirlo por el deseo de volver a ser el que era: con sus notas poco sobresalientes; con sus logros medianos en los deportes; con su aspiración de enamorar a la chica de sus sueños.

Y deseó no lograr todos sus deseos.

Y deseó que todo volviera a ser como antes.

Y deseó que la pesadilla que estaba viviendo acabase.

Y se despertó.

Era sábado por la mañana. No hacía falta madrugar. Se regaló un tiempo de reflexión después del sueño tan atípico que había tenido; de ese sueño que le había dejado como mensaje que conseguir todo lo que anhelaba no le había hecho feliz. En él, sin ningún tipo de esfuerzo, había logrado todo aquello que él creía que era necesario para ser feliz. Y lo había conseguido sin mover ni un solo dedo. Se había sentido orgulloso de méritos que no se había ganado y se había apropiado de una vida que no era la suya. No era la vida que quería para sí: quería esforzarse cada día para poder ir avanzando paso a paso; quería sentirse agotado pero satisfecho al final de cada día; quería ser el de siempre, con frustraciones incluidas.

Y se angustió de pensar en la posibilidad de lograr todo aquello que deseara.

Y se alegró de que todo hubiera sido un mal sueño

Gabriela Laporta Sendra 2º ESO

Colegio Esclavas SCJ

Benirredrá



## *12 DE OCTUBRE, EL SONIDO DE LAS DECISIONES.*

Laura tiene 12 años y cursa primero de la ESO.

Son las 23.15 horas cuando ingresa en el Hospital 12 de Octubre.

Esa misma noche ha quedado con sus amigos para celebrar Halloween, está emocionada. Celebraron la fiesta haciendo un botellón en un descampado de su pueblo, San Martín de la Vega. Era el lugar perfecto, poca gente lo conocía y estaba alejado y oscuro. Cada uno de los chicos puso 8 euros. Como eran menores de edad y a ellos no les vendían alcohol, le pagaron 5 euros a un mayor por comprarlo. Ella pensaba que la persona a la que le encargaban las bebidas, o bien los engañaría quedándose con todo el dinero o los delataría diciéndoselo a sus padres, pero el resto de la pandilla estaba convencida de lo que estaban haciendo. El mayor les trajo el alcohol encargado para su "fiesta". Laura pensaba que él iba a ser de otra forma. Era el pobre que se sentaba cerca de la puerta del colegio. Siempre que pasaba estaba dormido y borracho, y con botellas de alcohol y cajetillas de tabaco vacías.

Paco, 57 años. Taxista. Lleva tres días viviendo en la calle.

Son las 22.47 horas y una noche más, Paco, se dispone a pasar la noche en la sala de urgencias. Su vida de familia y profesional se ha roto a causa del alcohol y las drogas. "La vida en el taxi es muy dura" repite al que se encuentra... Son tres noches solo... El sonido de las personas que llegan a Urgencias, de las ambulancias que salen y entran... ruidos y la más completa soledad.

La vida de Paco es de lo más normal. Casado dos veces. Ha vivido mucho tiempo con su madre que ha fallecido hace tres años. Tiene dos hijos del primer matrimonio. Paco malgasta su sueldo en alcohol y drogas. Su ex mujer le pide la pensión. Le embargan el taxi para hacer frente a sus deudas. Solo y en la calle. Sin nada. En una maleta ha reunido su vida.

Comenzó la fiesta y todo iba bien. Hablaban, bebían, reían mientras hablaban con alumnos mayores del colegio a los que habían invitado... Por un momento se imaginó cómo el lunes en el colegio sería por fin una chica popular, sería guay que todos le hablasen y le prestaran atención. Cuando mejor iba todo y más aumentaban el ritmo de la música, los gritos y las risas, Laura, por una tontería, se cabrea con sus amigos. Se acerca a una chica mayor que está sola y entre risas y chupitos, para superar el enfado, se bebieron una botella y media de ron en poco más de media hora. Laura bebió tanto que su cuerpo no lo soportó y se desmayó. Al principio, sus amigos se rieron de ella por venganza. Cuando se dieron cuenta de que era serio, y que no reaccionaba, la metieron en el carro de supermercado donde había traído el pobre de la esquina las bebidas, y la llevaron al centro de salud.

Paco, no puede soportar tanto sufrimiento. A las 23.03h sale del Hospital y se dispone a deambular sin rumbo por la ciudad. Entra en una iglesia a rezar. Mientras pasea lee en un cartel CEDIA. Se acerca. Le informan que es un Centro de Cáritas de Información y Acogida. Puede pasar la noche. Mañana le informarán. Nervioso entra, pasa la noche entre nervios. ¿Hay futuro?

Son las 23,07h. Con el móvil de Laura sus amigos llamaron a sus padres. Los niños estaban asustados porque no querían decir lo que pasaba, solamente podían ver las caras de miedo de los médicos. Suben a Laura a una ambulancia que sale con urgencia y todas las alarmas encendidas. A las 23,23h llegan sus padres al hospital. Su madre llora, mientras su padre con la cara desencajada intenta tranquilizarla. La espera se hizo larga, interminable. Salen los médicos y tras un estruendoso lamento, sonó el silencio de la muerte.

Paco, durante aquella noche hizo un largo repaso de su vida. Si de pequeño hubiese estudiado, no estaría ahora pasando por esto: odiaba ir a clase, le parecía que de mayor podría sobrevivir sin saber qué es un sustantivo, un adjetivo, sin saber qué es una potencia,... ¿Para qué le servirían todos aquellos conocimientos? Recordaba cómo sus padres estaban hartos de escuchar: “odio el colegio”, “no sirve para nada”... Decidieron darle una opción: o sigues estudiando o te pones a trabajar. Le pusieron a trabajar de albañil. Al principio, le costó adaptarse, pero con el tiempo le acabó gustando. Tras unos años trabajando de albañil tuvo la oportunidad de sacarse el carnet de conducir y empezó a trabajar de taxista.

Laura había fallecido. Los médicos hicieron todo lo posible, pero llegó ya fallecida al Hospital y, aunque intentaron todas las maniobras de reanimación, sólo pudieron certificar su muerte. El continuo y ensordecedor “biiiiiiiiipppppp” fue el sonido de su final de fiesta. 23.35 h.

Son 7.15horas. Paco, nervioso, se levanta y se ducha en CEDIA. Desayuna. Pasa a la entrevista con el Trabajador Social. Tras una amena conversación, una pregunta resonó en la pequeña sala: ¿Quieres salir de esta situación? “Bip, bip , biiip... son las 11 de la mañana, las 10 en Canarias” sonó en la radio que el trabajador tenía en su despacho y que sonaba suavemente. Paco, que tenía metido en sus tímpanos el sonido del hospital, supo que el reloj le daba una nueva oportunidad.

Tras un año en CEDIA, Paco estrena mañana trabajo. Las agujas del reloj hicieron trizas sus problemas con las drogas y el alcohol. Hoy amanece un nuevo 12 de Octubre.

Marina Lucas Gordillo Primer ciclo ESO  
Colegio Sagrado Corazón de Jesús  
Madrid

## *¡USA TU LIBERTAD PARA HACER EL BIEN!*

Hago lo que quiero porque soy libre, nadie me lo puede impedir, aunque también debo tener cuidado con lo que hago y no perjudicarme a mí ni a los demás. En algunas ocasiones con la libertad podemos causar problemas, por ejemplo, cuando queremos cosas que están por encima de nuestras posibilidades y hacemos cualquier cosa para conseguirlas o consumir malas sustancias, simplemente hacer un acto no legal. También puedes hacer lo contrario, como ser generoso, tener empatía y por eso la libertad tiene responsabilidades. La libertad es importante, pero si la usas con razón te sentirás orgulloso de tus actos.

¿Qué harías tú con tu libertad? Una familia usó su libertad para vivir esta entrañable historia que os voy a contar.

Érase una familia que estaba muy unida. Vivían en una bonita casa en el centro de Mallorca, tenían un solo hijo de aproximadamente nueve años de edad y se llamaba Alberto. Era un chico muy agradable, pero serio y sobre todo, educado.

Alberto iba a una escuela que estaba a dos manzanas de su casa. Su madre, Marta, trabajaba en aquel colegio, pero no le daba clases a su hijo. Su padre, Pedro, trabajaba en un banco cerca del colegio. Faltaba una sola semana para que comenzara el colegio y para que acabase el verano. Alberto estaba triste porque tenía que volver a la rutina, pero contento porque estaba impaciente por volver a ver a sus compañeros que conocía desde que entró en aquella escuela. Pasó una semana y Alberto iba de camino al colegio. Iba dando saltos de lo contento que estaba.

Cuando llegó a la puerta se fue corriendo hacia sus amigos, mientras contaban todo lo que les había sucedido en el verano. Llegó un chico de su misma edad, no tenía muy buenas pintas, pero no se debe juzgar a las personas por lo que aparentan ser, aunque la mayoría de la veces la sociedad lo haga. Alberto no es de ese tipo de personas, sino que lo acogió. Sus compañeros no miraban al chico nuevo con muy buena cara ni lo trataban de la misma manera que a los demás, excepto Alberto.

Pasaron las semanas y el chico contó a Marta, su madre, todo lo que estaba observando. Su madre le dijo que sería buena idea que invitara al chico a comer a su casa para que de esa manera se conocieran mejor. Al día siguiente Raúl, que era como se llamaba el chico, fue a casa de Alberto a comer. Marta le preguntó cosas sobre él y su familia. La madre de Alberto quedó asombrada con la respuesta de aquel chico. Marta decidió conocer a la madre de Raúl. Quedaron en una cafetería mientras los niños jugaban en un pequeño parque que se encontraba frente a la cafetería, y estuvieron hablando mucho tiempo. La madre de Raúl le comentó que no tenía suficiente dinero para alimentar al chico y ocuparse de una educación digna.

Cuando acabaron su conversación, Marta acercó al chico y a su madre hasta su casa. A la semana siguiente, la madre de Raúl fue a visitar a Marta. Ella no esperaba aquella visita, pero la invitó a pasar. Las señoras conversaban en el salón mientras tomaban cada una de ellas una taza de té.

Al terminar, la madre de Raúl le hizo una pregunta a Marta que cambiaría la vida de ambos. La pregunta fue: ¿Te parecería una buena idea que adoptaras a mí hijo, Raúl, durante un largo período de tiempo, mientras yo me recupero económicamente? La madre de Alberto no sabía qué decir pero de repente una bonita sonrisa mostraba su cara.

Marta se lo comunicó a Beatriz y se fundieron en un fuerte abrazo. A Beatriz, le empezaron a caer lágrimas de sus ojos, lágrimas de alegría, al saber que su hijo iba a poder vivir en buenas manos.

Faltaban tres días para el cumpleaños de Raúl y él era el único que no tenía constancia del cambio que su vida estaba a punto de dar. Marta decidió ir preparándole la habitación para darle aquella sorpresa el mismo día de su cumpleaños. Sólo faltaba un día y todos estaban ansiosos, Marta que ya lo había planeado todo con la ayuda de Pedro, su marido, al que le pareció una fantástica idea, desde el principio estaba nerviosa y a la vez entusiasmadísima.

La madre de Raúl estaba preparando las ropas de su queridísimo hijo y las lágrimas no paraban de brotar de sus ojos. Cuando ya todos estaban preparados para la sorpresa, Alberto fue a su habitación y cogió una chapa que Raúl le había regalado y así estar algo menos nervioso. Mientras Raúl entraba en casa de Alberto sin saber nada todos salieron con pitos, regalos y una tarta. Beatriz entregó a su hijo una carta donde le explicaba todo. Raúl al terminar de leer la carta le dio un beso y un gran abrazo a todos y en su cara se dibujó una gran sonrisa con mezcla de ilusión, agradecimiento y esperanza renovada.

Blanca Morales Villar. 2º ESO.  
Colegio Nuestra Señora de Lourdes  
El Puerto

## EL PEQUEÑO MISIONERO

Desde pequeño he sabido lo que quería. Pero no como lo saben los niños que dicen que quieren ser veterinarios y al día siguiente bomberos. No, mi decisión fue siempre la misma; ser misionero. Ningún niño se suele plantear eso, pero era mi sueño. No obstante había dos pequeños problemas llamados padres. Ellos pensaban que estaba loco y siempre me decían cosas como: “Pero no hace falta irse tan lejos para ayudar a la gente” o “No, hijo, tú serás abogado como tu padre” e incluso hablaban entre ellos diciendo “Seguro que dice eso ahora, cariño, pero se le irá de la cabeza en un par de días”.

Pero no se iba. Y lo que empezaron siendo días acabaron siendo, semanas, meses, e incluso años. Y mi sueño allí seguía. Cuando tenía 13 años me propuse irme de casa, escaparme; irme lejos, muy lejos, y no volver. Irme a algún país del Tercer Mundo; a Guinea, a Etiopía, al Congo... a cualquier lugar donde la ayuda tardase en llegar. Pero la idea de estar solo, totalmente solo en el mundo me aterró, y la idea se esfumó casi inmediatamente.

En el colegio los niños no comprendían mi inquietud por ayudar a los demás. Y mientras ellos corrían por el prado detrás de una pelota, yo ayudaba a niños de clase en sus estudios, hablaba con los profesores de los problemas del grupo... Temas que a ellos no les atraían ni interesaban lo más mínimo.

Y pasó el tiempo. Para cuando me quise dar cuenta tenía 18 años, ya era mayor de edad, responsable de mis acciones y por fin, libre de hacer lo que quisiese. La decisión que tomé fue más que predecible. Hice las maletas y decidí irme por mi cuenta, en vez de unirme a una ONG como muchos otros hacen.

Así que busqué el vuelo más barato a la región de Gunmalúc donde viven muchas tribus seminómadas. Cuando llegué al pequeño y bastante deteriorado aeropuerto, un joven de aspecto agradable me esperaba para llevarme al campamento de la tribu *Trinka*. Este joven (llamado Farick) hablaba con soltura mi idioma, aun siendo un nativo africano. Así que no hubo problemas; yo saqué el dinero que había ahorrado desde pequeño para esta ocasión, y se lo ofrecí al joven, que lo aceptó encantado.

En cuanto llegamos al poblado una oleada de niños, siempre muy sonrientes, nos acorraló, ya que las visitas escaseaban por ahí. Pero tras esa ola de miradas felices, una figura tímida se asomaba, clavando en mí su mirada. Era una joven de aspecto delicado, cabello trenzado y ojos marrones como avellanas, y profundos como pozos. Mi instinto se apoderó de mi cuerpo y me acerqué a la joven preguntando por su nombre.

Con un hilo de voz ella lo pronunció; Ashanti. Oírlo fue como música para mis oídos. En ese momento comprendí que me había entendido, por lo que debía hablar mi idioma. Entonces ella torpemente pronunció unas palabras y entonces intuí que me había preguntado mi nombre. Y acerté. De ahí comenzó una larga y difícil conversación, ya que había una larga lista de términos que ella desconocía y que yo, era incapaz de descifrar.

A partir de ese día nuestra amistad se hizo más estrecha y ella me enseñaba su idioma, sus costumbres, deberes... Y yo aprendía, ayudaba. Al principio hablaba con mis padres 2 o 3 veces al día, pero con el tiempo me fui distanciando, y finalmente no hablábamos más que 1 vez por semana, porque, mi vida ahora pertenecía al poblado.

Cuando por fin controlaba el idioma lo suficiente como para que me entendieran, me atreví a dar clases en el colegio. Les enseñaba matemáticas, ciencias, religión... Y ellos escuchaban, aprendían, a veces alguno soltaba alguna risita por mi falta de vocabulario o por mi torpe acento. Pero era emocionante enseñarles y ver cómo ellos avanzaban.

Todos los días después de las clases, iba a casa de Ashanti y le enseñaba a leer y escribir; y luego charlábamos un rato. Mi relación con ella era cada vez más estrecha, y lo que empezó como amistad se transformó en algo más.

Tras 2 años en *Trinka* me sentía como uno más. Celebraba sus fiestas, dormía en sus chozas, comía su comida, rezábamos juntos... Gracias a mis contribuciones, la vida de muchos del poblado mejoró; niños que empezaron a ir al colegio, había mucha menos hambruna de la que había antes, ahora había gente con una esperanza de vida más alta... Los del poblado estaban encantados.

Ahora sigo viviendo felizmente en *Trinka* con mi familia de 4 hijos y mi mujer Ashanti. Yo no podría ser más feliz. Ahora, solo me queda una cosa: envejecer junto a la gente que más quiero y morir rodeado de felicidad; porque mi sueño está cumplido, ya que hice lo que quería. Por lo que no puedo pedir nada más.

M.ª Cristina Serrano 2º de ESO  
Colegio Esclavas SC-Fátima  
Bilbao

## EL SUEÑO DE ALICIA

Me despierto por el sonido del despertador. Miro el reloj, es viernes 8 de octubre y son las 7:30 de la mañana. Me levanto de la cama, me visto y le doy los buenos días a la familia y en especial a Mar. Mar es mi hermana gemela, a parte de mi mejor y única amiga. A pesar de que somos idénticas por fuera, por dentro somos muy distintas. Ella es una chica muy sociable, mientras que a mí, desde que soy muy pequeña, me cuesta mucho entablar conversación con los demás. Ella tiene muchas amistades, mientras que yo no tengo amigos. Ella es pésima en los estudios y yo soy "la empollona". Ella es genial en cualquier tipo de deporte y yo soy un desastre. Ella es divertida y yo soy aburrida. Ella es Mar, el prototipo de "chica perfecta", y yo soy Alicia...Solamente Alicia.

-¡Alicia sube al coche que ya nos vamos!-Oigo gritar a mi padre y me saca de mis pensamientos.

-Voooy- Digo bufando. Otra vez la misma rutina de siempre.

Llegamos al instituto. Me bajo del coche, le digo adiós a mi padre y me voy a mi primera clase corriendo. No quería tener que encontrarme con nadie y que me empezaran a mirar raro, como hacen siempre. Llego a clase y me siento en uno de los asientos del final. Empiezan a llegar los demás alumnos y el profesor de Historia comienza a pasar lista. Acto seguido, nos dice que vamos a tener que hacer un trabajo de investigación en grupos de tres y que los elegirá él mismo. Empieza a decir nombres al azar para hacer los grupos.

-Marta Rodríguez, Rocío Arias y Alicia Martínez-dice el profesor.

Al nombrarnos el profesor oigo un murmullo proveniente del final de la clase que dice "pobrecitas, les ha tocado con la marginada". Al oír esto me quedo como si no lo hubiera escuchado. Total, ya estoy acostumbrada a ese tipo de comentarios.

Sabía que el trabajo me iba a tocar hacerlo a mí solita. Conozco a Marta y a Rocío lo suficiente para saber que no van a mover un dedo para hacer el trabajo y más sabiendo que yo estoy en su grupo. Al acabar la clase se acercan las dos a mi mesa: -Alicia, ya hiciste un trabajo conmigo el año pasado, así que supongo que ya sabes cómo va esto -dice Rocío. -Tú haces el trabajo y escribes nuestros nombres-. -Y ya puedes esmerarte en hacerlo perfecto, que tengo que subir nota -añade Marta.

Me dispongo a asentir con la cabeza y a no decir nada. ¡Cómo odio no poder defenderme!

La mañana pasa muy lentamente, pero al fin suena el timbre. Me subo al coche y pienso. A veces me da la sensación de que cada día es una continua repetición del anterior y que no puedo hacer nada para evitarlo. Me gustaría que mi vida fuera diferente, muy diferente.

Llego a mi casa, me tumbo en la cama y me pongo a escuchar música. Es la única manera que consigo salir de la rutina. Escuchando música me quedo dormida y tengo un sueño del que no quiero despertar.

*-¡Alicia! ¡Tenía tantas ganas de verte!- me giro y veo a una de las amigas de mi hermana que viene y me abraza. Creo que se llama Raquel.-*

*-Sólo han pasado dos días, mujer -dice otra chica que está a su lado.- ¿Y tu hermana?*

*-Eh...por ahí viene- digo señalando a mi hermana.*

*Mar les saluda y después cada una va a sus respectiva clase. Entro y me siento en uno de los asientos que están por el medio. Enseguida se sienta otra chica a mi lado -¡Buenos días Ali! -me dice mi compañera muy feliz.*

*-Buenos días-le contesto algo tímida pero dirigiéndole una sonrisa.*

*De repente entra el profesor de Lengua. Empieza a dar la clase cuando de repente alguien me tira una bola de papel a la cabeza que cae en mi mesa. La desenvuelvo y leo algo de una fiesta. Por supuesto, suponiendo que no es para mí se la paso a mi compañera de al lado. Ella la coge confundida y la lee.*

*-Alicia, esto no es para mí -me susurra y me pasa la nota.*

*Extrañada, cojo la nota y la leo. Es de Nacho y dice que va a celebrar su cumpleaños este viernes y que le gustaría que fuera. Me quedo muy asombrada ante lo ocurrido. Nunca antes nadie me había invitado a un cumpleaños y menos un chico. Cojo un trozo de papel y escribo "Allí estaré" y se la paso a Nacho.*

*La mañana pasa muy rápido. Nunca antes me había divertido tanto en el instituto, y por una vez en mi vida estoy deseando volver.*

Me despierto y miro el despertador, son las diez y cuarto del sábado 9 de octubre. Todo ha sido un sueño. Un maldito sueño en el que podía hacer lo que quisiese sin ningún miedo. Y lo peor es que me lo he creído, pero era tan real...

Bajo a desayunar, veo a mi hermana Mar y no paro de darle vueltas al sueño. Cómo me gustaría que se hiciese realidad. Pero, claro, eso es imposible, ¿no?

Mi hermana me mira y me pregunta si me pasa algo, que me nota muy rara. Entonces me echo a llorar y le cuento el sueño que he tenido. Ella me dice que no me preocupe más, que todos y cada uno de nosotros estamos aquí de "pura chiripa", que la vida son dos días y que sólo tenemos una oportunidad de vivirla. Que pasamos buenas y malas experiencias, pero que hay que aprender de las malas y no darse nunca por vencida. Que hay que levantarse cada día con una sonrisa y decirse a una misma "hoy no me como la cabeza, hoy me como el mundo". Quizás, de esta manera podamos disfrutar, aunque sea un poquito, de las pequeñas grandes cosas que tiene la vida. Todo está en tus manos y aunque sea difícil puedes hacer que las cosas cambien y algún día, un chico llegará y te regalará una caja de caramelos con un envoltorio de papel plateado en el que se podrá leer escrito en enormes letras CUENTA CONMIGO Y HAZ LO QUE QUIERAS.

Alicia y Mar subieron al coche y se fueron al colegio.





## LAS CUATRO PIEDRAS

Candela es una niña española de diez años, su piel es morena, su cabello castaño y rizado, sus ojos son verdes, con una fina nariz que los separa y tiene una pequeña boca colmada de carcajadas y chistes. Es una niña risueña y cariñosa.

Un día, un amigo suyo le dio cuatro piedras de colores, una blanca (representa la paz), una verde (interpreta la salud), una roja (simboliza el amor) y una amarilla (representa la alegría). Le dijo haz lo que quieras con ellas y Candela, que es una niña a la que nunca le ha faltado nada, pensó ¿tiene algo que ver con la libertad? ¿pero qué es la libertad?

Cuando llegó a su casa les cuenta lo ocurrido a sus padres y les formula una pregunta:

- ¿Qué es la libertad?
- ¿Por qué no lo descubres tu misma? Le contesta su padre.
- Pero, ¿Cómo? Les pregunta Candela. -
- Nosotros hemos decidido realizar un viaje, ¿te vienes?
- Claro.

La madre de Candela es enfermera y el padre médico, acuerdan irse un mes a África de voluntarios, concretamente a Malí. La familia hace sus maletas y ponen rumbo a Malí. Cuando llegan, lo primero que ven son árboles y mucho barro, no hay carreteras. Logran estar en el poblado antes del anochecer en una especie de Land Rover. En el poblado había una parcela con una casa que pertenecía a las religiosas, en dicha morada se instalaron. A la mañana siguiente se despertaron temprano. Y se fueron a una parte de la parcela donde había una consulta. Lo primero que observó Candela es que no era una consulta como las de España, sino que contaba tan solo con una camilla, un peso y un pequeño armario que carecía de medicinas. Sin embargo, su padre se había traído un gran maletín con medicinas, vendas, yodo, agua oxigenada y muchos más materiales que Candela no conocía.

Cuando todo estuvo listo empezaron a entrar algunos pacientes. Candela se sorprendió dado que llevaban ropas muy extrañas. El primer paciente que se presentó tenía una grave herida en el brazo porque se había caído de un árbol. Pero según iba avanzando el día había cada vez casos más complejos. El que más le impactó a Candela fue el parto que hubo por la tarde, el bebé tenía una vuelta de cordón y tuvieron que reanimarle al nacer.

A veces iba a ver qué hacía su madre, en la otra salita de la consulta y contemplaba a niños pequeños que tenían heridas. Su madre ponía alguna vacuna, curaba heridas y sobre todo acogía con cariño y ternura a cada persona que llegaba a la consulta, dándoles esperanza.

Cuando atardecía Candela ayudaba en la consulta a dar los biberones a los bebés, disfrutaba viendo cómo se alimentaban y sonreían los niños. Al finalizar el día, les dijo a sus padres que le había sorprendido la sonrisa de los pacientes cuando salían de la consulta, aun estando heridos, tenían un brillo en sus ojos.

Al día siguiente Candela habló con una misionera y le preguntó que por qué los niños iban con mochilas al otro lado del valle, la misionera, que era una mujer bastante amable le contó que había una pequeña escuela en esa zona y, además, le hizo un mapa y dado que Candela todavía no se había orientado bien, le dio un plano de la parcela. También le comentó que desgraciadamente una de sus compañeras se había puesto enferma y no podía ir a la escuela para enseñarles a los más pequeños. Candela observó el mapa y vio que el poblado era un lugar con pocas edificaciones, pero muy extenso: tenía una pequeña escuela, la casa en la que se alojaba, una capilla y unas pocas viviendas.

Candela les comentó a sus padres la existencia de la escuela, les rogó que la dejaran ir a ayudar y sus padres accedieron. No obstante, Candela se había acordado de llevarse las piedras que le había regalado su mejor amigo. En la escuela encontró a un niño que estaba triste y le dio la piedra amarilla, además, le enseñó varios chistes. Cuando el niño volvió a su casa le contó a su familia algunos de esos chistes y al ver que su familia se reía, el niño se alegró y en el cielo salió un destello de color amarillo.

Por la tarde estuvo con sus padres y con el mapa fue a la sala donde había pacientes ingresados, le llamó la atención una niña porque parecía que llevaba mucho tiempo hospitalizada. Candela le dio la piedra verde y a la semana se curó, en ese mismo instante del cielo salió una luz verde. Al volver a la parcela se encontró con un niño llorando porque su padre tendría que irse para ayudar en la guerra y Candela le dio la piedra blanca. El niño llegó a casa y le dio la piedra al padre y al instante tuvo una llamada por teléfono, ¡iban a firmar un acuerdo de paz! Se vio un destello blanco en el cielo. El último día Candela se despidió de sus amigos y les regaló la piedra roja.

Al volver a España Candela descubrió la importancia de la libertad y que no todos la poseen. Ella piensa que con un poco de ayuda de todos se puede lograr que todos sean libres.

Claudia Torres Alcázar  
Colegio Santa Rafaela María  
Entrevías

## EL OCTAVO VALOR

Era un soleado día en un lugar que no logro recordar. Los siete valores se reunieron por primera vez para conocerse entre ellos. Al fin y al cabo, todos tenían la misma función: “Ayudar a los demás”, aunque este cometido lo hicieran de distintas formas.

¡Todas estas diferentes maneras de pensar en un solo espacio! ¿Cómo acabará? Sólo hay una manera de averiguarlo: seguir leyendo.

Nada más llegar te encontrabas a Autoestima lanzando una masa de piropos y requiebros a Gratitude, que no paraba de agradecerse una y otra vez. A su derecha estaba Justicia debatiendo con Paz la igualdad de derechos entre personas, aunque no creo que estuviera muy al corriente de lo que le decía, porque estaba sentada en posición de meditación y haciendo ejercicios de relajación. Si seguías observando veías a Solidaridad compartiendo con Responsabilidad sobre una serie de ONGs en las que le animaba a participar; pero no lo tenía muy claro porque decía que era mucho peso sobre sus espaldas tener que cumplir con todos los requisitos y no podía quitarse de la cabeza las consecuencias que tendría si no podía cumplir con todo. Y por último y no menos importante, estaba yo, la Libertad, y sí, también formo parte de esta historia.

Y ahora que ya os he puesto en antecedentes, os diré que no tenía muchas ganas de ir; de hecho, estuve a punto de no presentarme porque mi máxima es: “Haz lo que quieras” y así serás mucho más feliz, vivirás sin preocupaciones, sin obligaciones y la mar de relajadita. ¡Qué equivocada estaba! Justo en el último momento me decidí por ir y, ¡cómo no!, llegué tarde, pero qué importaba si sólo era una reunión tonta. Pero por lo visto, era la única que pensaba así ya que a nadie le hizo ninguna gracia que hubiese llegado con un “notable” retraso. ¡Es que no lo entiendo! Ojalá todos se aplicaran mi lema.

Una vez estuvimos todos reunidos, Paz propuso que nos sentáramos en círculo para poder iniciar la reunión, pero Justicia tuvo que interrumpir:

-No creo que sea buena idea porque en todas las reuniones importantes los participantes se sientan en rectángulo alrededor de una mesa y veo injusto que los valores seamos menos.

-Gracias por tu idea, pero no tenemos ninguna mesa -dijo Gratitude.

-Yo podría buscar alguna, lo que sea por ayudar -intervino Solidaridad.

-Pero es mucho trabajo y responsabilidad comprometerse a traer una mesa entera -dijo Responsabilidad.

-¡Dios mío!, tanto lío sólo para sentarse –exclamé.

-Para poder establecer una buena comunicación lo primero es que todos estemos a gusto - compartió Paz.

-Yo me voy -dije decidida.

-Pero, ¿por qué?- Preguntaron todos a la vez.

-Pues porque hago lo que quiero- Respondí de mala manera.

-Creo que no entiendes bien tu función como valor- añadió Paz.

-Tranquila, Paz, yo sé perfectamente qué tengo que hacer:" Lo que quiera"- contesté sin mirarle a la cara.

- Y, ¿qué pasaría si todos hicieran lo que quisieran? Nadie se sentiría bien consigo mismo por culpa de sus actos- dijo Autoestima.

- Ni nadie tendría nada por lo que dar las gracias- siguió hablando Gratitude.

- Tampoco sería justo para nadie tener que aguantar los actos de los demás - dijo claramente Justicia.

- Y ni mucho menos sería solidario -continuó Solidaridad.

- Ni responsable por parte de nadie -añadió Responsabilidad tremendamente contrariada.

- Y nunca ninguno estaría en paz -concluyó Paz.

Por un momento me quedé sin palabras, con la mente vacía. Menos mal que Paz interrumpió ese incómodo silencio diciendo:

-Si un solo valor no cumple bien con su función, todos los demás se desmoronan.

Aquella frase me hizo pensar, y tenían razón. Mi lema no estaba mal, pero no lo estaba interpretando correctamente. Con *haz lo que quieras* nos tenemos que referir a que hagas lo que crees que tienes que hacer, lo correcto y lo que te llene de verdad.

-Ahora lo entiendo. Siento haber sido tan estúpida. A partir de ahora cumpliré mi cometido correctamente porque es lo que creo que tengo que hacer y, además, quien sigue el camino de su corazón, no se equivoca nunca.

Todos los valores se sintieron conmovidos con mis palabras, se inclinaron y acabamos dándonos un sincero abrazo.

Los siguientes instantes están borrosos, no los recuerdo con claridad, simplemente me acuerdo de una preciosa luz fuerte y brillante y una extraña silueta. Lo siguiente fue que se añadió al grupo un nuevo Amigo que nos recibió diciendo:

-*Yo soy la Vida*, el octavo valor, y soy el equilibrio necesario entre todos vosotros.

A partir de ese mismo instante los "ocho" valores empezaron la reunión para mejorar el mundo y... todavía están trabajando para que la humanidad entera sea mejor.

**Ganador del V Certamen de relatos**

**Primer ciclo de ESO**

Daniela León De Miranda Monte 2º ESO

Fundación Educativa ACI-Colegio Shalom

Barcelona

## HAZ LO QUE QUIERAS

20 de diciembre, parque de Álamos Perdidos.

Debido a la fecha, todo el parque estaba cubierto de nieve, adornado con montones de decoraciones navideñas y luces de colores. Se respiraba Navidad.

Tom, un niño pobre de unos ocho años que vivía en una casa abandonada cerca de allí, se paseaba por el parque. Le encantaba el olor a castañas del puesto de doña María, la caseta de adornos navideños del señor Pedro y todo lo demás que había en el parque. Pero lo que más le gustaba era un puestecito de caramelos de todos los colores y sabores que estaba situado en la esquina del camino que recorría el parque. Ese puesto siempre estaba a rebosar de niños con sus padres comprando caramelos cuyos precios no se podían ni mirar. Tom, como era pobre, se conformaba con imaginar lo delicioso que sería poder llevarse uno a la boca. Su padre, un señor de unos cuarenta y ocho años, cariñoso y amable, siempre le decía que los caramelos no eran lo más importante. Pero Tom no podía evitar pasar siempre por delante y quedarse un ratito mirando, embelesado, los envoltorios de los caramelos.

Un día, Tom no pudo resistir la tentación de acercarse al puesto cuando no estaba vigilado y coger una cajita de caramelos. No era nada muy especial, simplemente una cajita marrón que contenía unos siete caramelos, pero a Tom le pareció la posesión más bonita y lujosa que había adquirido en su vida. En seguida se dio cuenta de que estaba escondido detrás del tronco de un álamo. Sin pensarlo dos veces, metió la cajita dentro de su abrigo y se fue corriendo a su casa. Cuando se presentó en ella con los caramelos, su padre le regañó por robar, pero le dijo que, como eran los caramelos de sus sueños y la cajita era pequeña, que se los podía quedar. Tom estaba muy contento con su nueva adquisición, pero prometió no volver a robar nada.

Una vez en su cuarto, abrió la cajita con mucho cuidado, como si de oro puro se tratase, y observó con alegría los caramelos con envoltorios de colores. Estaba emocionado. Le gustaban todos, pero de toda la caja de caramelos que había robado en aquella tienda, llamó su atención uno envuelto en un papel plateado en el que se podía leer escrito en enormes letras negras: “Cómeme y harás lo que quieras”. Esa frase le hizo pensar ¿Qué quería?

Él quería hacerse rico, con suficiente dinero como para comprar todos los caramelos del mundo, de todos los colores y sabores, con todo tipo de envoltorios. También quería aprender e ir a un colegio con amigos, jugar con juguetes, ¡Muchos juguetes!

Una vez tomada la decisión, se comió medio caramelo, ¡Qué sabor tan espléndido! No se parecía a lo que solía comer. El sabor era increíble, pero se reservó el otro medio y los demás para más adelante. Esa misma tarde, su padre compró lotería porque había un premio especial: una gran cantidad de dinero y una pensión para toda la vida.

El día del sorteo, Tom estaba muy nervioso, ya que el premio era muy importante, y, salió el número de su padre. Empezaron a llorar de alegría y en seguida se fueron a recoger el premio. Una vez recogido, consiguieron una casa y un colegio para Tom. Ahora él ya había conseguido lo que había deseado y digamos que era feliz.

Pasaron cinco años y Tom ya tenía trece. Con el tiempo, dejó apartada la pequeña cajita marrón con los seis caramelos normales y el medio caramelo de “Haz lo que quieras” en una estantería. Tom ahora podía hacer lo que quisiese, así que decidió ir a dar una vuelta por el parque de Álamos Perdidos. Toda su infancia había transcurrido allí. Se sentó junto al álamo en el que se había escondido cinco años antes, cuando robó la cajita de caramelos que cambió su vida. Recordó los momentos de su infancia en que paseaba inocentemente por el parque sin pensar en preocupaciones, deberes, decisiones... Simplemente pensando en caramelos. Añoraba su otra vida. Ahora no tenía casi tiempo para pasear libremente por el parque, ni de respirar el olor de los álamos. Ya no quería ser rico, ya no quería ir a un colegio, ya no quería tener tanto dinero. Quería volver a casa.

Se lo comentó a su padre y le pareció bien. Él también añoraba su otra vida. Utilizaron sus bienes en comprar la casa abandonada donde antes vivían y en hacerla acogedora y habitable. Tom dejó el colegio y consiguió un pequeño trabajo como ayudante en el puesto de caramelos. Se comió el medio caramelo que quedaba y decidió hacer lo que quisiese. Hacer lo que le hiciese feliz.

Candela Carbonell Sabater 1º ESO  
Colegio Sagrado Corazón Esclavas  
Valencia

## MONOCROMÍA

Cuenta las estrellas del mar Negro como si de hojas doradas cayendo por culpa del otoño se tratara. Se arremolinan a sus pies, se las lleva el viento, se olvida de los números, pierde la cuenta. Le encantan las noches frías, se enamora de los días perdidos de la tercera estación. Odia las discusiones, pero odia aún más las palabras ocultas que deberían haberse pronunciado en su momento. Se le forma una arruga adorable cuando se ríe y el rojo le sienta de maravilla. Las gafas, siempre sucias, ¿Por qué? Porque la vida translúcida, en ciertos momentos, es más bonita. El tiempo siempre le gana y ella siempre se rinde, la puntualidad nunca fue su fuerte: los minutos se burlan y los segundos escapan. Tiene la perfecta personalidad de aquellos destinados a hacer grandes cosas y, siendo sincera, lo que más le gusta del mundo son las cosas un poco desastre, interesantes, a su manera.

Ella le había amado. Ella, contra toda cordura, le había querido y él lo sabe. Palabras dulces se derraman por los labios de él y encienden dos pequeños fuegos en las mejillas de la chica. El pelo cae en cascada por sus hombros y las pestañas, vencidas, tiemblan. Los ojos se cierran y los dedos de él dibujan patrones prohibidos en su piel. Pero, sin embargo, ella comienza a sentirse incómoda. Esas manos que la acarician, que la volvían loca, están frías, distantes, transformándose en desconocidas. ¿Qué es lo que ocurre? Le traen malos recuerdos, recuerdos visibles. Dolorosos. Quiere detener aquello, pero no sabe cómo. Muerde sus labios, que se tornan de un delicioso rosa. Y entonces, susurra. Igual dice algo que no debería o, al menos, algo que a él no le apetece oír, porque éste se detiene y se aparta. Y, al apartarse, baja la vista, aturdido, dándose cuenta de que allí donde sus dedos estaban, se pueden apreciar pequeños parches odiosos: moratones. Moratones de mil colores que se confunden bajo la tez blanquecina de ella, que duelen; moratones que no deberían existir. De días anteriores, se acumulan. Cada vez hay más y cada vez son más irracionales. La decoran tal y como la muerte visita a las personas: lenta e inevitablemente.

Es su culpa. Ella, contra toda cordura, se lo permite y él lo sabe. El tiempo, atemorizado, parece detenerse cuando sus ojos se cruzan y, llegados a este punto, el miedo hace su aparición triunfal en el chocolate derretido que rodea las pupilas de ella. Los cuerpos se vuelven rígidos y la tensión se apodera de sus músculos. La respiración es entrecortada, casi inhumana, a la espera de una reacción por su parte, a la espera del siguiente movimiento del chico. Y es que, de repente, la furia se desata en su interior, y explota. Y ella la siente con toda su fuerza. La siente mentalmente, pero también físicamente. Se lleva una mano a la cara, allí donde la furia del chico ha decidido verterse. Allí donde, sin duda, un remolino de mil colores, que se confunde, que duele, que no



debería existir, se formará en cuestión de horas. Adornando su piel, marcándola como si le aportara algún tipo de belleza o como si fuera correcto.

Él abandona la habitación y ella se abandona a sí misma.

...

Cuenta los días transcurridos como si de latidos de su corazón deteniéndose se tratara. Se rompen, caen a sus pies, los condena el silencio, pierde la cuenta. Le encantan todos los recuerdos ausentes de lágrimas, se enamora de los momentos de tranquila soledad. Odia sentir sus caricias sobre ella, pero odia aún más el temor diario de que estas caricias se conviertan en golpes violentos. Se derrite en sollozos cuando no encuentra otra escapatoria y su piel hace tiempo que dejó de ser monocromática. Las facciones de su cara, siempre tristes, ¿Por qué? porque él no les da ningún motivo para mostrar un poco de alegría. El tiempo siempre le gana y ella siempre se rinde, casi le agrada dejarse llevar: nunca ha sido su intención prolongar el dolor. Tiene la completa falta de libertad de aquellos que viven bajo el poder de otros y, siendo sincera, está decidida a que acabe, a ponerle fin, a ser definitivamente quien debe ser.

No siempre había sido así. Tiempo atrás, aún descansaban en el aire pequeños retazos de amor perdido, que acabarían por difuminarse con el bajo quejido del segundero del reloj situado en la cocina. Aún sobrevivía la esperanza a modo de días cálidos, que acabarían por extinguirse ante el frío que emanaba de él. Aún se distinguía la furtiva libertad en el suave roce de los pies descalzos sobre el suelo de madera, que acabaría por enmudecer debido a las marcas grabadas a fuego lento en su piel.

Ahora ya no quedaba nada. Un vacío resonante se había apoderado de la casa. Pero no de su persona, no de ella. Imágenes de lo que habían llegado a compartir atraviesan su mente como si la apuntasen directamente con una luz blanquecina y a ella no le quedara más remedio que apartar la vista ante la fuerza de esa luz. Es irresistible y la atrapa. Cuanto más pasa el tiempo, más difícil es mantener la cabeza erguida. Recuerdos de amor, de esperanza, de libertad fallidos. Duelen como dagas clavándose en su interior. Dedos que la ahogan, que la matan, que le prohíben ser ella. Mueven sus hilos y la zarandean como un títere, arrojándola a la oscuridad de cualquier manera, creando heridas en las que navega sangre que nunca debió ser así derramada. Y, tan sólo entonces, cuando él parece haber ganado la batalla, decide la fuerza de ser libre, contrarrestar los ataques de un maltratador. Con la determinación reflejada en su semblante, llamas de confianza en sí misma refulgen, recuperando todo lo que él le había arrebatado: ¡Vida! Maleta en mano, escapa del lugar al que podría haber llegado a llamar hogar. Del lugar en el que, por culpa de la existencia de la violencia de género, su piel nunca pudo ser monocromática, su espíritu nunca pudo ser libre. Hasta este mismo instante, en el que el susurro de la brisa le saluda con todo su frescor y la firmeza de sus pies en la calle le presenta una nueva oportunidad.

Inés Vara Chimeno de 4º ESO.

Colegio Plurilingüe Esclavas del Sgdo. Corazón

A Coruña

## HAZ LO QUE QUIERAS

María era una niña diferente. Antes de nacer, ya se lo dijeron los médicos a su madre y le preguntaron si estaba segura de que la iba a querer porque iba a ser una persona distinta a los demás y eso podría crearle problemas de mayor. Su madre preguntó a los médicos en qué sería distinta de los demás. Les hizo estas preguntas: "¿Tendría manos y pies? ¿Caminaría? ¿Hablaría? ¿Tendría todos sus órganos? ¿Tendría corazón? ¿Y sentimientos, tendría sentimientos? Los médicos contestaron "sí" a todas esas preguntas, pero le explicaron que María sería una niña con síndrome de Down y que tendría que ir a un colegio especial. La madre de María dijo que eso no importaba, que lo importante es que sería una persona y que podría amar y ser amada. Los médicos le dijeron: "Haz lo que quieras". Pero ella lo tenía claro: quería a María sin haberla visto ni tocado nunca, porque era su hija.

Entonces fue a preguntar a otros miembros de su familia. El padre de María se enfadó mucho y le dijo a la madre de María que cómo había tomado ella sola esa decisión sin hablar con él primero. Ella respondió que creía que él también amaba a María por ser su hija aunque aún no hubiera nacido, pero él dijo que estaba loca, que María no conseguiría vivir ni trabajar como una persona normal y que era mejor que no naciera. Y le dijo a la madre de María: "Haz lo que quieras, pero yo no quiero saber nada de esa niña".

La madre de María se puso muy triste pero María le dio una patadita en la tripa y entonces supo que tenía que luchar por ella. Fue a hablar con los abuelos de María y ellos le dijeron que se lo pensase bien si no quería tener problemas con el padre de María, pero la animaron y le dijeron que ellos siempre la iban a ayudar si le hacía falta algo. Y claro, le dijeron otra vez esa frase: "Haz lo que quieras".

La madre de María creía en Dios y fue a hablar con el cura de su parroquia. Le dijo llorando que el padre de María se iba a divorciar de ella si María nacía, pero el cura le dijo que tenía que confiar en Dios, que seguro que cuando María naciera y su padre la viera, la iba a querer mucho. A las dos, a María y a ella, por haber sido tan valiente de luchar por una niña diferente. Y el cura le dijo al despedirse: "Dios te va a ayudar, pero la decisión la tienes que tomar tú. Haz lo que quieras".

La madre de María se pasó mucho tiempo pensando en esa frase. Y al final se dio cuenta de que "haz lo que quieras" quería decir "haz lo que tú sabes que está bien".

Y así nació María. Al principio era igual que cualquier otro bebé. El padre de María fue al hospital cuando nació pero no se atrevía ni a entrar en la habitación.

La abuela de María le dijo que María era muy guapa y que tenía que verla. Al final entró y la madre de María le dijo que la cogiera en brazos. Y desde ese momento el padre de María la quiso mucho siempre (como había dicho el cura de la parroquia que pasaría).

Pasaron los años. María era muy cariñosa pero un poco lenta al hacer las cosas. Su madre decía que muchas personas lo son y eso no es nada malo. Los padres de María la llevaron a un colegio para niños especiales. María era feliz en todas partes. Sonreía a todo el mundo y cantaba canciones.

Un día, cuando tenía 6 años, conoció a su mejor amiga, Ana. Estaban jugando en el parque y María se tropezó y se cayó al suelo. Ana estaba a su lado y le ayudó a levantarse. Los padres de María le dieron las gracias y María le sonrió. A partir de ese día, se hicieron muy amigas y jugaban juntas en el parque todas las tardes. Un día, María le dijo a su madre que quería ir al colegio con Ana. Los padres de María se pusieron muy nerviosos y fueron a hablar con los abuelos de María, porque no sabían qué hacer. Ellos les dijeron que María era una niña feliz y estaría bien en cualquier parte, pero de nuevo dijeron aquella frase: "Haced lo que queráis".

La madre de María sabía que "haz lo que quieras" a veces también quería decir "haz lo que tengas que hacer, aunque sea difícil". Se lo dijo al padre de María y al final la llevaron a su nuevo colegio, el de su amiga Ana.

Al principio, todo fue bien porque María era muy simpática y cuando no entendía algo, tenía una profesora especial para ella sola que se lo explicaba mejor. Todos los niños la cuidaban con mucho cariño y jugaban todos juntos en el patio a la hora del recreo. Así que María seguía feliz.

Pero María se hizo mayor. Cuando tenía 14 años vino una niña nueva a su clase. Era muy guapa y lista, y le gustaba que todo el mundo la escuchase. Se llamaba Luna, hasta el nombre era bonito. Pero un día se enfadó con María. Se enfadó porque ella estaba contando en inglés un viaje que había hecho a Disneyland Paris, y María levantó la mano varias veces. La profesora la mandó esperar un momentito, pero María era impaciente a veces. Esa vez tenía razón, porque necesitaba ir al baño, pero desde ese día Luna empezó a tratar mal a María y a reírse de ella. María no sabía defenderse muchas veces, así que Ana lo hacía por ella. Era la única de la clase que lo hacía, porque los demás niños tenían miedo a Luna. Y si Luna se reía de María, todos los demás lo hacían también.

Un día, Luna se quedó encerrada en el baño y no podía abrir la puerta. María había ido a beber agua y la escuchó gritar y pedir ayuda. Le dijo: "Luna, voy a buscar a Ana, ella sabrá qué hacer". Ana avisó a una profesora y ella pudo abrir la puerta. Luna estaba llorando y dio las gracias a María. Ana le dijo: "¿Ves? Todos necesitamos a los demás alguna vez. A ver si no te ríes ahora de María nunca más. Tú decides: haz lo que quieras".

Al día siguiente, Luna pidió disculpas a María delante de toda la clase por las veces que se había burlado de ella. María dijo que no importaba. Y todos los compañeros les dieron un aplauso a las dos.

Y así Luna, la madre de María, el padre de María, sus abuelos, el cura de la parroquia, Ana, y todos los niños de la clase de María, comprendieron que hacer lo que uno quiere siempre afecta a los demás y no siempre significa hacer lo que a uno le apetece.

Y María, sin entenderlo muy bien, sonrió a todos después de los aplausos, feliz por poder volver a ser amiga de Luna...

Ángel Álvarez Moreno 2º ciclo ESO  
Colegio Sagrado Corazón Esclavas  
Santander



## SOMOS DIANAS

!

Última calada y me voy. Hace media hora que debería de haberlo hecho, como le he prometido a Diana cuando me ha llamado, pero esta mierda está tan buena que no puedo parar. Igualmente, solo serán cinco minutos de más.

Salir del local me cuesta lo suyo, voy hasta arriba y es un bajón irme ahora que todo empezaba a animarse. No sé cómo consigo quitarle el candado a mi moto, pero en poco más de diez minutos estoy rodando por la calle de Diana. Tampoco sé cómo he llegado hasta aquí. "Debo ser un peligro al volante", recapacito, y casi me ahogo de la risa al hacerlo; he perpetrado esto tantas veces que ya domino la situación. Además, conozco el camino a su casa casi más que el de la mía, y no me extraña, porque la visito casi a diario.

Diana me está esperando justo enfrente de la entrada. Intuyo, por la expresión que tiene en la cara, que será uno de esos días en los que la filosofía invade todos y cada uno de los rincones de su cerebro.

-Álex -se toma un momento para respirar-, necesito saber en qué punto estamos. Necesito saber qué somos nosotros.

-Mira, Diana, no...-contesto.

-Déjame acabar -me interrumpe-. Porque esta vez no me va a servir tu famoso "No somos nada"; sabes que prácticamente vivimos juntos.

Otra vez con lo mismo. ¿Nosotros? Nunca ha habido un nosotros. A veces pienso que Diana vive en una sobredosis permanente de imaginación, bebe poca realidad y me cuesta explicarle cómo se ve el mundo cuando la ingieres más de la cuenta.

-Siento que hemos tenido esta conversación demasiadas veces, ¿sabes? -replico.

-La has tenido tú solo, una y otra vez -reacciona de forma tajante-. Siempre con tus monólogos de niñato que no quiere estar atado a nada, como si aceptar lo que sientes fuera a hacerte preso de los demás, aunque en realidad lo único que consigues es hacerte cada día un poco más preso de ti mismo.

-A lo mejor es eso lo que quiero.

-Ese es el problema, que yo no lo quiero -suspira-. Y creo que tú tampoco. Te dan miedo los cambios, te acobardas solo con pensar que un día te despertarás y algo será diferente. Pero, ¿sabes qué? Que el tiempo pasa, y si no avanzas no voy a estar siempre a tu lado.

-Llevo meses diciéndote que hagas lo que quieras, no me vas a destrozar la vida - respondo con condescendencia.

-Por supuesto que no -contesta irónica-. Eso ya lo estás haciendo tú solo. -Y entra de nuevo a su casa pegando un portazo.

No debería de haber venido. Tengo un mareo de los buenos y necesito hierba. Ya está oscureciendo y cada segundo que pasa tengo más mono. Diana siempre dice que tengo que dejarlo: que se fastidie, ni que fuera un drogadicto. Yo no dependo de nada ni de nadie. Simplemente me gusta; como quien sale a correr de vez en cuando.

Tiro, chupo, pego... Clic y a la boca. Una, dos, tres, cuatro, cinco caladas. Respiro hondo , una más y lo tiro. Y repito el proceso.

Cuando me llevo la mano al bolsillo para coger el teléfono está frío y me cuesta mover los dedos sobre la pantalla. Estoy buscando el contacto de Rucho para conseguir más maría, aunque le debo tanta pasta que mis dedos paran de escribir automáticamente y vuelvo a guardar el móvil. No sé ni en qué día vivo.

Acabo de llegar a casa, a mi casa. Se me ha roto la moto de camino y encima el ambiente está cargado de un olor entre alcohol, humo y ácido. Hay trastos por todas partes, el suelo está que da pena y me parece irónico que todo aquello me recuerde a un espejo. La primera noción de vida la encuentro al entrar al salón: mi colega está totalmente tirado sobre el sofá con media espalda fuera y un brazo colgando. Suspiro y lo incorporo como puedo mientras intento no respirar mucho. Odio el olor a alcohol...

## II

Hace meses que no hablo con Diana y tengo ganas de verla. Después de perder el trabajo paso tanto tiempo en casa ahora que estoy intentando adecuar mi habitación, y mi vida. Siento que estoy cada vez más lejos de mis sueños, que van deshaciéndose como pompas de jabón, pero intento no caer en el desánimo y la apatía. El hecho de tocar fondo hace que solo puedas ir hacia arriba, y ahí está la fe y la esperanza; ahí está Jesús.

Sin darme cuenta he acabado en casa de Diana, estoy a punto de darme la vuelta e irme cuando la puerta se abre. Ella sale sonriente hablando por teléfono, y creo que casi se le salen los ojos al verme.

-¿Qué haces aquí? -Parece totalmente descolocada.

-Yo...-suspiro- Odio el olor a alcohol.

-Álex, qué...?

-Necesito que me ayudes -la interrumpo-. Te necesito, y yo...yo solo no puedo.

El abrazo de Diana aligera en ese momento el mayor peso que he cargado nunca. He tenido durante tanto tiempo en mi cabeza 'Haz lo que quieras' con un significado equivocado, que al final había llegado a pensar que hacer lo que quería era ir en contra de la sociedad, aun queriendo tan solo ser aceptado. Me doy cuenta entonces de que siempre hay dos maneras de ver una misma cosa y me derrumbo mientras la venda que he llevado todos estos años en los ojos va desintegrándose poco a poco.

Ade González Balaguer 4º C

Colegio Esclavas SCJ.

Benirredrá

## *ELIGE LO QUE QUIERAS*

Hace frío fuera, me gustaría salir a dar una vuelta, pero no puedo porque hace demasiado frío y además tengo que estudiar.

-¡La cena!- oigo a mi madre en el piso de abajo –¡Ya voy mamá! – cierro el libro de biología y bajo a cenar, ¡oh no!, guisantes no por dios, los odio, me gustaría no tener que comérmelos y poder comer, no sé, unos macarrones de esos tan ricos que hace mi madre a veces, pero no, me tendré que comer los guisantes.

Tras la cena me paso una hora más estudiando y luego me meto en la cama a dormir.

Al día siguiente me visto rápido para ir al colegio, desayuno y espero a que mi madre me avise de que hay que salir pitando. Mi madre siempre va con prisas, tiene siempre la cabeza en su trabajo. Me gustaría poder pasar más rato con ella, pero no puedo. También me gustaría poder ver a mi padre, desgraciadamente ya no está, murió en un accidente de coche hace 3 años, y no puedo verle.

En cuanto llego al colegio veo a mis amigos, nos ponemos a hablar del examen que tenemos hoy. Cuando llegamos a clase el profesor que nos hará el examen nos dice que el examen queda anulado y que haremos trabajos. Para colmo solo dejará un día para cada uno. Y además, nos insiste en que da tiempo de sobra para hacerlo en clase. Me gustaría decirle que no es así, que no se puede en una hora encontrar toda la información sobre los filósofos más importantes, extraer lo esencial de cada uno, pasarlo a papel y dejarlo limpio y bien presentado. No puedo.

Llego a casa y me hago la merienda y mientras me pongo a ver mi serie favorita, entonces pasa algo, mi hermana llega llorando del colegio: - ¿Qué te pasa Candela? – le pregunto, entonces me enseña su muñeca rota, no es su muñeca favorita, porque esa no la saca de casa, pues le da miedo que se la rompan o que le pase algo, es una muñeca que tenía olvidada, y ahora está llorando porque le ha arrancado la cabeza algún compañero-.

Me tropecé por la calle y sin querer tiré la muñeca y se le salió la cabeza a la carretera y un coche la pisó- dice entre sollozos – te compraremos otra muñeca igual Cande, y ya verás cómo se te pasa- Yo no quiero otra muñeca, yo quiero esta pero entera. Me gustaría decirle que no llorara por esa tontería de una muñeca, que hay mil exactamente iguales en la juguetería, que tiene fácil solución y que no tiene por qué montar ese pollo, pero no lo digo, porque no quiero que llore aún más, dado que le he dicho cosas horribles y, en cierto modo, aunque ella no lo vea, ciertas, pero no para una niña de 10 años.

¿Qué tal el examen? – me pregunta mi madre - ¿Qué?- ¿En serio se ha acordado de mi examen de filosofía? Hacía mucho que no me preguntaba sobre algo. Entonces se gira para mirarme y me hace una seña de que está hablando por el teléfono – perdona mamá pensaba que me hablabas...- a mí– pienso. Mientras, mi madre sigue hablando de algo de que han examinado unos documentos en el trabajo o algo así.



Esa misma tarde vi una foto en internet que ponía “HAZ LO QUE QUIERAS”. ¿Qué haga lo que quiera? No. Uno no puede hacer lo que quiera porque el mundo sería un caos. Estaríamos solos, sin nada.

Ahora mismo si estuviera haciendo lo que quisiera no estaría haciendo un trabajo de lengua, si hiciese lo que quisiera le habría dicho a mi hermana que es una tontería como una catedral lo que le pasa, le hubiera dicho a mi profesor que no tenemos el suficiente tiempo para hacer todo eso y que su asignatura no es la única, puede que me hubiese planteado suicidarme para estar con mi padre porque hay veces que lo único que deseo es escucharle y estar con él, le hubiese dicho a mi madre que lo único que le importa es su trabajo y no la familia que le queda.

Pero no, no lo digo ni lo hago, obvio que no, porque si lo hubiese hecho, mi hermana estaría llorando y con una buena razón, que su hermano no es capaz de consolarla y que, a los 10 años, gracias a Dios que esas son nuestras únicas preocupaciones; mi madre hubiera empezado a llorar y se hubiese sentido culpable e incomprendida, pues solo trabaja para sacar adelante esta familia y para dar de comer a sus dos hijos todos los días, para que no nos falte de nada y nos sobre un poco, el profesor me hubiera suspendido la asignatura y hubiese llamado a mi madre por faltarle el respeto a un profesor y por cuestionar sus métodos, dándole otro disgusto más a mi madre, y con lo de mi padre, qué hubiese hecho, ¿suicidarme?, ¿En serio crees que esa es la solución para encontrarme con mi padre, además, si por algún casual le volviera a ver, qué crees que me diría, que muy bien por sacrificar mi vida y dejar a mi hermana y a mi madre solas, que muy bien por preferir morir en vez de disfrutar de toda la vida que él no pudo, desperdiciándola intencionadamente solo para verle, cosa que iba a hacer unos años después cuando muriese porque era demasiado mayor.

Las cosas que hacemos porque queremos son demasiado escasas como para que digáis que tenemos que hacer lo que queramos, porque sería mentirnos, así que no creo que haya que hacer lo que uno quiera, simplemente disfrutar esos momentos, y cuando hacemos algo por deber o no hacemos algo porque es inviable o puede hacer daño a otras personas, sobre todo si esas personas son las que queremos, no debemos tomarlo como si fuera algo malo, pues nosotros lo elegimos.

Podemos elegir lo que queremos, no hacer lo que queremos.

Alejandra Hidalgo, 4<sup>º</sup>ESO,  
Colegio Sagrado Corazón de Jesús  
Martínez Campos. Madrid

## *UNA ELECCIÓN IMPORTANTE*

María era una chica de quince años, buena estudiante y proveniente de una familia de clase media que vivía en una pequeña ciudad. Su carácter estaba claramente marcado por una fuerte personalidad, una manera de ser que, unida a su edad, hacía que en ocasiones brotase en ella un cierto resentimiento de rebeldía ante todo lo que le rodeaba. Su pensamiento siempre se basaba en ella misma, en su yo, sus emociones. Deseaba con todas sus fuerzas alcanzar una mayor libertad e independencia: “hacer lo que quiera y como quiera”, pensaba... Había abandonado ya aquel núcleo familiar del que dependía y estaba decidida a salir de ese lugar de confort que siempre la había protegido. Era lo que deseaba, aunque los demás se empeñasen en seguir manteniéndola allí. Parecía más arrogante y crítica con todo lo que se le proponía o sucedía a su alrededor. Realmente ella, en su interior, sabía que su comportamiento era más susceptible a las diferentes situaciones que antaño. Así y todo, no cesaba en su empeño de tener la razón y creer que nadie la comprendía. Ello le producía inseguridad en los cambios que diariamente acontecían a su alrededor. Denotaba, en muchas ocasiones, una cierta apatía y se refugiaba en sus amigos. Unas amistades que en alguna ocasión la decepcionaron e hicieron sufrir y otras que la hacían ser feliz. Así era la vida, pensaba, dos polos opuestos que, según qué dirección tomes, puede ser maravillosa o nefasta. Parecía que en su mente no existía el llamado “término medio”, como un ecuador entre dos polos, en el que pudieses alcanzar una estabilidad. En su mente, se ubicaba el pensamiento de la independencia máxima, del basta ya. En pocas palabras: “hacer lo que quiera”, soñaba. Pero, ¿qué es hacer lo que uno desee? Le quedaba muy claro: no depender de las decisiones de nadie, tomarlas por ella misma. Su edad se lo permitía; ya era mayor para pensar, actuar, decidir y eso anhelaba con todas sus fuerzas. En contraposición, estaba sujeta a unas normas sociales y familiares estipuladas, estrictas y arcaicas, que no la dejaban ser ella, no podía desarrollar su auténtica personalidad. Por ello, se sumergía en un mundo propio creado por ella misma, en el que se incluía todo aquello que quería hacer y no podía. Estaba decidida a vivir, a salir de aquel bucle enrevesado y cerrado; se ahogaba y deseaba ver la realidad soñada por ella.

Una noche quedó profundamente dormida y, en su subconsciente, quedaron todos aquellos pensamientos. Unos recuerdos que empezaron a fluir en un sueño y que se inició saliendo de su casa como todos los días pero, en la puerta de salida leyó una frase que le indicaba: “hoy no hace falta que te dirijas al colegio, puedes ir donde quieras”. ¡Perfecto! Es mi día de suerte, pensó. Decidió tomar el camino contrario al que hacía diariamente. Era maravilloso poder realizar algo distinto aquel día. Empezó a correr; aquella mañana el aire era frío y estaba nublado; lloviznaba y ese pequeño pero intermitente goteo de agua empezaba a mojar su cara. Ella no lo notaba, se sentía feliz, libre. Aquella sensación de humedad la llenaba de energía. Le transmitía lo que necesitaba, se sentía pletórica. Una felicidad de la que hacía tiempo que no disfrutaba. Por el camino encontró a

sus hermanos que, como siempre, le dieron un beso. Ambos se despidieron de ella con un "¡hasta luego!" ¡Genial!, pensó. No han querido venirse conmigo. Tomó el camino contrario; hoy podía, nadie se lo impedía. Siguió su rumbo... cantaba, sonreía y pensaba en lo afortunada que era aquel día. Andaba muy deprisa; su casa ya no se divisaba, el colegio tampoco y, a lo lejos, se veía cómo se difuminaba la imagen de sus hermanos caminando hacia el lado opuesto. Apenas podía ya distinguirlos. En su pequeña aventura se encontró a un profesor que se dirigía al centro escolar donde ella cursaba sus estudios. Su cara cambió por completo; estaba claro que le impondría que volviese, no podía ser de otra manera. Él la miró y le preguntó. María le contestó contundentemente que aquel día había decidido no ir al colegio y, mirándola amablemente y con un talante conciliador, entendió perfectamente su decisión. Se despidió de ella y le deseó un buen día. Todo era perfecto aquella mañana. Como ella lo había imaginado tantísimas veces. Anduvo casi una hora y empezaba a tener hambre y sed. Era la hora del desayuno pero, no llevaba. Su madre no se lo había preparado; era autosuficiente y, por tanto, no lo necesitaba. En su trayecto se encontró un horno de pan que desprendía un olor maravilloso a pan recién hecho. Apenas llevaba dos euros en su monedero. Entró y la dependienta la recibió con una grata sonrisa. Preguntó el precio de una botella de agua y un bollo recién hecho; todavía estaba caliente. La empleada se dirigió a ella y, muy amablemente, le regaló todo aquello que quiso. María no se podía sentir mejor y más dichosa, su cara rebosaba alegría. Las cosas por fin le salían a la perfección. Hacía tiempo que no se sentía tan energética; no estaba cansada. Parecía que, cuanto más se distanciaba de su día a día, más feliz estaba.

El frío arreciaba cada vez más y, aquel chispeo de agua, se convirtió en unos pequeños e intermitentes copos de nieve. Empezó a nevar; le encantaba ver caer la nieve. Ella iba bien abrigada y provista de ropa caliente. Sacó sus guantes y gorro de la pequeña mochila que llevaba colgada sobre sus hombros y se los puso. Siguió su inquietante camino; un sendero que la llevaba cada vez a ser más feliz. A lo lejos, divisó a tres personas que le alzaban la mano y la llamaban por su nombre. No podía ver bien, la nieve caía cada vez a más velocidad y la cegaba. Se fue acercando y vio a sus tres amigas. Esas amigas que tanto la ayudaron en un momento en el que otras la habían herido casi mortalmente en su corazón. En ellas había encontrado el sentido de la amistad que nunca antes había experimentado. Se acercaron a ella y la abrazaron. María les explicó el viaje que había emprendido y parecía que las tres la animaban a seguir pero, aunque ella insistía en que la acompañasen, ninguna podía, ya que, ellas sí que debían seguir las normas establecidas. Continuó y continuó... ya no se divisaba nada, hacía cada vez más frío y la nieve ya cuajaba en el asfalto. Las pisadas eran cada vez más profundas. El cansancio empezaba a apoderarse de ella; paró un poco a descansar y vio, a lo lejos, una pequeña tienda de caramelos. Cuando ya había pasado un rato, decidió acercarse y entrar. Los caramelos eran carísimos y, en aquella ocasión el dependiente era rudo y grosero. Con una mano cogió una caja de aquellos caramelos y se los metió en la chaqueta mientras disimulaba pagando una pequeña golosina. Ella nunca había robado nada, pero tenía hambre y carecía de dinero. El hombre la miró de arriba abajo; ella temblaba de miedo, pagó y salió rápidamente.

A lo lejos divisó un pequeño pozo con una escalera que incitaba a que pasase. Se paró delante de él y miró los caramelos. De toda la caja de caramelos que había robado en aquella tienda, llamó su atención uno envuelto

con un papel plateado en el que se podía leer en enormes letras negras: cómeme y harás lo que quieras. Sintió miedo, mucho miedo. De repente le vino a la mente todo aquello que había dejado atrás en el camino. Sabía que si comía aquel caramelo y subía aquella escalera lo perdería todo y... no lo hizo. El agotamiento se apoderó de ella y se quedó dormida justo al pie de aquella escalera.

Un ruido estridente le sobresaltó, era el despertador de su casa. Su madre le preparaba el desayuno, sus hermanos la despertaban con sus carcajadas y juegos y seguro que sus amigas y profesores la esperaban para empezar el día. Se sintió feliz, tranquila y relajada. Entonces comprendió un poco mejor el sentido de la vida y que, en muchas ocasiones, la acción de hacer lo que se quiera, conlleva la consecuencia de dejar atrás cosas muy importantes para uno mismo.

Paula Ruz Pérez 4ºESO  
Colegio Sagrada Familia  
Alcoi

## HAZ LO QUE QUIERAS

“De toda la caja de caramelos que había robado en aquella tienda, llamó su atención uno envuelto en un papel plateado en el que se podía leer escrito en enormes letras negras: *cómeme y harás lo que quieras*”

Eran las historias que mi abuelo me contaba, me daba mucha pena, eran años difíciles, mi abuelo era el tercero de cinco hermanos de una familia humilde. Su padre, pintor de brocha gorda y su madre, ama de casa, iban labrando el día a día en un Cádiz de la posguerra que milagrosamente renacía.

Mi abuelo Manolo, con sus pantalones cortos *remendados*, su camisa fina y una chaquetilla, que probablemente hubiera heredado del hijo de alguna vecina, se echaba a la calle todas las tardes, a la hora del *cafelito*; como se dice en esta tierra; aprovechando quizás el descuido de sus hermanas mayores, atravesaba la calle, huérfana de vehículos, solitaria... miraba a algún que otro paseante, algún que otro niño, fijando sus sentidos (especialmente el olfativo), en el escaparate de dulces que había justamente enfrente de su casa.

“Tarde o temprano tendrás que ser mío”, decía el pobre, comprado o robado, le daba igual, a él le atraía uno concretamente, uno, que según él, debía de tener alguna magia oculta; tendría que estar hecho con alguna pócima especial, para que pudiera dar algún tipo de poder a todo aquel que se lo comiera. Y pegado al cristal, se pasaba las horas, ideando un plan, mientras, los olores a chocolate que emanaban de la tienda perturbaban la mente del abuelo Manolo, que como poseído, le trasladaban a un mundo de fantasía, donde él era aún valeroso guerrero cristiano, que luchaba con su espada y su escudo, cubriendo su cara con antifaz, al servicio de los Reyes Católicos, para liberar a España del asedio de los moriscos.

“¿Manolito, quieres algo?;” le preguntaba el pastelero; “me estás poniendo el cristal perdido con las manos”; y al abuelo Manolo, como si de un dulce sueño lo despertaran, volvía la mirada al cristal, y contemplaba aquel caramelo, el del papel plateado, el de la pócima, el de los sueños, el de los poderes, qué lástima que entre medio se encontrara un cristal, un maldito cristal que reflejaba sus pantalones cortos remendados, su camisilla fina y su chaquetilla, y esa calle solitaria otoñal. Ya atardecía, y desolado, entraba en casa, triste y abatido, refugiándose en la lectura de su héroe, alimentándose de hazañas medievales, degustando batallas berberiscas, y salvando, de manos de algún villano, a una joven dama, hija de Condes o Vizcondes, daba igual.

Mi mente, aunque atenta a sus relatos, irremediablemente no dejaba de pensar por un instante, en la infancia de mi abuelo comparada con la mía, una infancia teñida de gris, frente a mi niñez, cuyos recuerdos me los pinto de rosa, de caprichos consentidos, de pataletas lloronas cada vez que mi padre no complacía mis gustos, de tener atrofiada mi imaginación. Por un momento pienso, -¿Cómo me hubiera desenvuelto en aquella época?

-Abuelo, ¿al final, qué pasó con el caramelo? le pregunté. Mi abuelo empezó a reírse, enseguida me di cuenta que en su risa escondía un clara actitud de vergüenza, como si le diera reparo contármelo, mi inquietud por conocer el desenlace de la historia se acrecentaba más a la vez que sus risas se hacían más notorias.

-Para de reírte y cuéntame qué te pasó, - le instaba, y retomando la serenidad, aunque con la sonrisa en la cara, prosiguió con su relato, - Pues verás, dijo:

-Al fin me dispuse a darle sentido a la aventura de apropiarme del botín, como si de un pirata se tratara. Aquel año, mi madre me había disfrazado de pirata para los carnavales, pero de un pirata pobre, un pantalón partido, una camisa de rayas y un pañuelo en la cabeza, siendo lo mejor de todo, el parche en el ojo que mi padre me pintó. Y cogiendo una espada de madera ideé un plan para hacerme con el botín, había dado de lado a mi otro héroe, al guerrero del antifaz, es verdad, pero al guerrero lo dejaba para situaciones heroicas, de honor, y cuando había que apropiarse de algo ajeno, buscaba la compañía de los filibusteros.

Eran las cuatro de la tarde, mi padre sumergido en su siesta, mi madre con sus costuras, y mis hermanas con sus libros, todo estaba controlado, a esa hora, el confitero, el señor Juan, descuidaba por un momento la tienda, y aproveché el momento. Entré sin hacer ruido, por un momento me desconcertó el fuerte aroma de dulces y chocolates que se respiraba en el interior de la tienda, y centrándome en mi encrucijada, y valiéndome de mi habilidad, abrí con sigilo la puerta de cristal del escaparate. Y allí estaban, parecían aún más grandes vistos desde cerca, ya no había nada que se interpusiera entre mi botín y yo, ni cristal que reflejara la cruda realidad. Debía darme prisa pues el señor Juan no tardaría en aparecer. Alargué mi mano zurda, que tantos quebraderos de cabeza me trajo en la escuela con los profesores, y agarré fuertemente el caramelo de papel de plata, el de los poderes, volviendo a cerrar la urna de cristal para que el señor Juan no pudiera sospechar nada y tardara en darse cuenta de que su caramelo máspreciado ya no yacía en su limpia y cuidada estantería de cristal. Y sin esperar a llegar a mi casa, en esa calle solitaria, me senté a meditar lo que la frase del papel plateado me quería decir, **“Cómeme y harás lo que quieras”**; y quitándole con cuidado el papel plateado, como el que desenvuelve un regalo de navidad, procurando no estropear tan apreciado trofeo, y ante la atenta mirada de un maniquí que se postraba en el escaparate de la tienda del señor Paco, una vieja sastrería que había al lado de mi casa, degusté tan apreciado manjar.

Mi abuelo calló por un instante, sus ojos reflejaban aquel niño de ocho años, de pantalón corto, camisa fina y chaquetilla heredada, pero también reflejaban a ese niño bucanero, canalla, terror de los mares del sur, hasta se podía ver a un heroico guerrero cristiano con un antifaz, rescatando de una almena a su damisela. Y llevándose su mano zurda al bolsillo de su pantalón, me enseñó un papel plateado en el que con dificultad se podía leer unas letras desgastadas por el tiempo, y sin decir palabra abrió mi mano y me lo dio; -Sabes hija - dijo mi abuelo- cuando me comí el caramelo, sentado en aquella calle ante la atenta mirada de un maniquí, y esperando que algún influjo mágico se apoderara de mí, me di cuenta de que ya estaba haciendo lo que quería, que incluso antes de comerme el caramelo ya hice lo que quise, y que ahora estoy haciendo lo que en aquellos momentos deseé hacer, compartir mi infancia con la tuya.

Soy la persona más feliz del mundo. Ahora mismo me voy a ir a casa de mi abuela, desconectaré el móvil y voy a empezar a leer la colección encuadernada que tiene mi padre de “El Guerrero del Antifaz”, y posiblemente en la tienda que hay enfrente de casa de mi abuela, compraré unos caramelitos de menta para que me alivien la tos.

FIN

**Ganador del V Certamen de relatos**

**Segundo ciclo de ESO**

Lucia Macías Sánchez 4º A ESO

Colegio San José

Cádiz

## DE PIEDRA

*¡Que no soy de piedra!* Escucho decir a la gente, como si la piedra no se pusiera fría de noche o estos días de invierno en los que el sol se esconde tras las nubes, e incluso nieva, esas cositas blancas que se quedan encima y me congelan.

Y en verano, dicen *¡qué calor!*, pues no saben lo caliente que se pone una estatua cuando el sol te pega durante casi doce horas y las otras doce restantes no se puede aguantar el bochorno que hay.

Por no hablar de la lluvia, te moja, te empapa y la humedad no se quita en muchos días, y pasas frío, mucho frío. Y luego está la gente, aquella que se sienta encima, las que se ponen a tu lado a hacer botellón y dejan todos los restos, y después están los chavales que te pintan; que aunque esté más controlado por el ayuntamiento, alguna que otra vez he sufrido alguna de esas o simplemente ser el objeto de foto de todos los turistas que pasan, y lo peor de todo es no poder decir nada ni siquiera un *hola*.

Ser lo que soy tiene estos inconvenientes, y hoy especialmente pienso que ninguna ventaja. Ya estoy cansado de ser una estatua de piedra en este parque, viendo pasar a la gente con sus móviles, hablando todo el día, sus niños jugando y corriendo detrás de las palomas a las que los ancianos ceban desde los bancos hartándose de miguitas de pan. Tiene que ser divertido bajarse y juntarse con ellos, hacer todas esas cosas que ellos hacen.

Pues después de todo esto he decidido que hoy me bajo, que ya era hora y además aprovecho, que está la escalera que ayer dejó el jardinero que me quita los regalitos que me dejan las palomas cada día, me bajo y me voy a dar una vuelta, a ver mundo y juro que nunca volveré a este dichoso lugar, eso dije... Por fin voy a hacer lo que me dé la gana.

Dicho esto, me bajé, comencé a pasear por la avenida principal del parque, donde unos hombres disfrazados intentan parecer estatuas, por eso nadie se sorprendió al verme. Que absurdo querer parecerse a mí cuando yo daría lo que fuera por ser como son ellos realmente.

La gente se les acercaba y les dejaba una moneda en una pequeña lata y empezaban a moverse, pero solo un ratito, y se paraban esperando a que alguien les diera la siguiente moneda. Y yo aquí, que me había bajado de mi pedestal sin que nadie me echara ninguna moneda, paseándome entre la gente como si tal cosa.



Decidí caminar despacio sin llamar la atención, como otro ser humano cualquiera, no sé hacia dónde, pero ahora lo que me apetece es moverme. Me acerqué al quiosco donde una fila de niños gritaban junto a sus madres pidiendo todos a la vez, el propietario estaba bastante distraído. Sin pensarlo dos veces cogí una caja de caramelos creyendo que por fin era libre y eso me llevaba a poder hacer lo que quisiese y disimuladamente me alejé de allí.

No sé por qué lo hice, quizá por tener en mis manos aquello que tanto gusta a los niños, pero ahora recuerdo que mi boca está permanentemente cerrada y dura como una piedra, lo que soy; por ello y sin poder hacer otra cosa me senté en un banco, coloqué la caja sobre mis piernas, y la abrí con la ilusión del que recibe un regalo. De toda la caja de caramelos que había robado en aquella tienda, llamó mi atención uno envuelto en un papel plateado en el que se podía leer escrito en enormes letras negras: *cómeme y harás lo que quieras*. Pues comerme no puedo, pero sí que a partir de hoy voy a hacer lo que quiera como llevaba esperando tanto tiempo y ya había comenzado a hacer robando estos caramelos.

¿Y qué es lo que quiero en realidad? No lo sé aún. Fuera del parque se ven muchos coches, muy ruidosos, edificios muy altos y la gente corriendo siempre, los veía desde mi pedestal. Ahora que estoy aquí abajo no lo tengo tan claro. No sé si es mejor todas esas cosas que ellos hacen que lo mío. Echo de menos mirar desde lo alto de mi pedestal ahí donde podía observar a todo el mundo, mis palomas (aunque me tengan que limpiar cada día), escuchar las conversaciones de los que pasean o hablan por los móviles, los niños jugando y riendo, los ancianos en sus bancos con sus migas de pan, los chavales que me alegraban las noches de fin de semana (aunque luego no recogieran nada), Pedro el jardinero que me daba los buenos días todos los días, aunque supiera que yo no le podía contestar...

¿Por qué lo que hace toda esta gente es mejor que lo que hago yo? Pues voy a hacer lo que quiera, y ahora lo que quiero es subirme a mi pedestal y mirar siempre el lado bueno de las cosas que en realidad enfadarse no sirve para nada y menos en mi caso y también saber que hacer lo que quiera no es ser egoísta con los demás, sino saber apreciar lo que se tiene.

Lucía Ron 4º de ESO  
Colegio Nuestra Señora de Lourdes  
El Puerto

## PERDONA, ¿ERES FELIZ?

Muchas veces creemos conocer todos nuestros secretos e inquietudes. Algunas personas parecen capaces de descubrirnos una inmensidad. Te abren los ojos, te apoyan o te impulsan un poco más hacia donde quieres llegar, están a tu lado. No te cansas de ellos nunca y tampoco dejarán de acompañarte en tu camino. Pero en ocasiones, tenemos que hacer parte del camino solos. Debemos adentrarnos en nuestra persona, en la personalidad que a veces tenemos que contener dentro de nosotros por miedo a ser “los diferentes”, “los especiales” o “los raritos”. Tenemos el temor a ser rechazados e intentamos ser alguien que en realidad no somos, unas verdaderas copias de los modelos a los que alabamos. Nuestros ídolos son futbolistas, famosos, cantantes, todo tipo de “artistas” a los que parece que la suerte había sonreído y que parece que no se separa de su lado. Riqueza, fama, popularidad les rodean y sus preocupaciones son mínimas, o eso creemos. Ser famosos indica ser una persona satisfecha con lo que tienen pero nunca se sentirán plenos. ¡Cuántas veces habremos deseado ser como yo, vivir su vida! Pero es el inconformismo de los humanos lo que nunca nos hará sentirnos verdaderamente satisfechos con nuestra vida y una plenitud que buscaremos en el interior de nuestros sentimientos, el motor hacia las metas propuestas.

¿Qué nos deparará el futuro? ¿Seguirán a mi lado familiares y amigos? ¿Conseguiré trabajar de mi vocación? ¿Encontraré a la mujer de mi vida? Y por último, la pregunta que nos hacemos constantemente y a la que busco todavía solución:

¿Soy feliz en mi vida?

Es la pregunta con la que cualquiera podría empezar a reflexionar una madrugada en su habitación, una tarde de lectura o incluso la pregunta para desarrollar en una redacción para la asignatura de Lengua castellana y Literatura. Podríamos estar años estudiando y haciendo cálculos teóricos y matemáticos sobre la endorfina y no llegar a la verdadera incógnita, ¿somos felices? Durante este tiempo relajado se me pasan por la cabeza sentimientos y sentimientos relacionados con nuestro día a día a los que busco alguna relación, sin éxito alguno. Día sí día también continuó con mi difícil cuestión, más complicada de resolver que cualquier ecuación matemática. El tiempo pasaba irremediablemente y una tarde al volver de clase de armonía de piano, mi madre me esperaba con un libro de la mano, titulado “La clave de la felicidad”. Sabía que yo era aficionado a la lectura y que disfrutaba con ella, ya que junto con la música clásica eran mis dos pasiones desde que era muy pequeño. He dedicado largos ratos de mi infancia en mundos imaginarios y diferentes al nuestro donde todo tiene una explicación fantástica y en la que estaba inmerso hasta que se acababa. Era hora de volver a la cruda realidad, llena de preocupaciones y angustias.

Tardé menos de dos horas en acabar el libro pero parecía haber pasado quince minutos desde que me senté en mi cama con un café con leche, mi preferido, mi compañero en las frías tardes de Diciembre salmantinas. El

libro pertenecía a un género que no había leído nunca y no se asemejaba a ninguno de los actuales. El título, muy general, describía perfectamente la idea que se iba a desarrollar a lo largo de la novela: la búsqueda infinita de la felicidad humana. Quizás no fuera el libro más ameno para los no aficionados a la lectura pero para mí supuso un punto de inflexión. Ahora entiendo aquellas palabras de mi madre mientras me lo regalaba y que había encontrado en uno de los baúles de casa de mi abuelo, fallecido hace unos meses, mi verdadero ídolo. En la primera página estaba escrito con lo que se asemejaba a la caligrafía del abuelo: *Para Álvaro, espero que esto te ayude a descifrar la incógnita de mi vida.*

El tiempo que conviví con el abuelo pasó rápido como el verano pero profundo como el invierno. Venía a todas mis audiciones, me apoyaba en mi sueño de ser escritor y sobre todo, me cuidaba; algo que mis padres en ocasiones no podían ofrecerme. Estaba muy a gusto cuando estaba con él; su humildad y paciencia me sorprendían todos los días. Tenía una capacidad abrumadora para ver en los semblantes de los demás su estado de ánimo, qué les preocupaba, qué les inquietaba y sus miedos, por muy internos que fueran. Tenía una manera de hablar y de expresarse única, increíble, que reflejaba perfectamente la realidad que estaba relatando. Me sentaba tardes enteras junto a él en el sofá al lado de la lumbre de su casa, en un pueblo cercano a la sierra de Francia. La abuela había muerto años atrás, por una enfermedad respiratoria, pero mi abuelo al contrario de como todos podríamos pensar, había sacado más fuerzas y sonreía día y noche. Sonreía a la vida, creo que eso es lo que quiso siempre transmitirme durante toda su vida.

Todas estas ideas estaban relacionadas con el libro que acababa de terminar y que intentaba asimilar por toda la información contenida en tan pocas páginas repletas de letras y experiencias. Mi abuelo escribía. Nunca le había visto escribir y hasta terminar esta novela nunca sospeché que lo hiciera. Según la introducción, me había escrito este ejemplar sólo para mí y estaba escondido en lo más profundo de una alacena, escrito con tinta pero también con el corazón. Página tras página, mi abuelo relata la historia de su vida ordenando cronológicamente las sensaciones que iba viviendo. Por ejemplo, el libro comienza con la euforia de mi nacimiento, continúa con la felicidad de la vida en familia o el vacío que siente tras la muerte de la abuela.

Aunque un sentimiento que prevalece durante toda su vida, una pregunta que no llega a contestar jamás, ¿estaba viviendo al máximo su vida? Siempre intento desenjaular su personalidad de los comentarios que le decían que no encontraría el sentido para vivir.

Según el escritor que había formado parte de mi familia, el verdadero sentido de la vida era ser libre, feliz con lo que tenemos pero mantener aquella propiedad humana del inconformismo para conseguir nuestros objetivos, nuestros sueños. Haz lo que quieras, así termina la novela; había resuelto la eterna duda de mi querido abuelo.

Javier González Sánchez 4º ESO B  
Colegio Esclavas del SC de Jesús  
Salamanca

## *LO BONITO DE LA AMISTAD*

Skyler era una chica algo bajita, pero bien proporcionada, pelirroja y pecosa, con grandes ojos marrones, nariz pequeña, muy redondita y sonrisa difícil pero sincera. Muy inteligente y solitaria, por esto mismo era el motivo de muchas burlas en su clase, cosa que ella no comprendía. Su manera de vestir siempre era elegante y pija, solía llevar vestido o falda, ya que le gustaba ese toque femenino. Su color favorito era el rosa y se notaba ya que casi toda su ropa era de ese color. Con poca responsabilidad para su edad, ya que apenas tenía 15 años.

Ya había pasado la mitad del curso y Skyler no había hecho ningún trabajo de tantos que le mandaron. A principios de curso le dijeron que con tener todos al final del curso serviría para aprobar, todos sus compañeros entregaban los trabajos, pero ella prefería entregarlos al final del curso, cosa que sus profesores no comprendían. Solía mentir a sus padres asegurándoles que hacía la tarea por la tarde pero en realidad escuchaba música y dibujaba, que era lo que realmente le gustaba.

A la salida de clase, como siempre, se burlaban de ella e incluso, un día, Arianne, la chica más popular del instituto llegó a empujarla y tirarla al suelo. Arianne era la chica rica del instituto; siempre iba a la última moda, era muy alta, tenía ojos azules y pelo rubio rizado. Sus amigas siempre iban detrás de ella y hacían lo que les mandaba. En fin, en ese momento, apareció Logan que le ayudó a levantarse, algo muy caballeroso por su parte. Logan era un chico muy guapo, moreno, ojos verdes y sonrisa perfecta capaz de enamorar a cualquiera de las chicas. Arianne se fue molesta, ya que a ella nunca le llevaban la contraria porque la temían.

Desde ese día, Logan y Skyler empezaron a ir juntos al instituto, se veían en los recreos y solían hablar, se llevaban muy bien. Tenían aficiones en común, como dibujar, por ejemplo. Siempre llevaban una libreta en la que hacían bocetos, la de Logan era de color negro y la de Skyler era de color blanco, un día decidieron intercambiársela para ver todos sus dibujos.

Cada día a Skyler le gustaba más Logan, pero ella estaba convencida de que Logan solo la quería como una amiga más, ya que él era muy popular y guapo. Logan y Skyler hablaban mucho por redes sociales, ya que se pasaban el día mirando cosas en Internet. Un día Logan decidió quedar con Skyler para ir a un museo, puesto que pensaba que eso les inspiraría para nuevos dibujos.

Quedaron en un parque para ir al museo. Skyler no podía creer lo bonito que era el museo, muy espacioso, tenía tres pisos, jardines con muchos árboles, en especial el que más destacaba era el cerezo, por sus cerezas que caían por el viento. Un gran ascensor en el que cabían más de quince personas, paredes lisas y de madera, suelo con alfombras de color rojo, y algunos detalles en color cobrizo muy bonitos, y todo esto sin contar con las numerosas famosas obras de arte, las cuales eran muy difíciles de ver por la gente que las estaba observando a todas horas. Skyler no podía creer que ese museo nunca hubiese sido visitado por ella ya que estaba en su

ciudad y no muy lejos de su casa. De estos cuadros Skyler obtuvo inspiración para sus dibujos y allí mismo empezó a dibujar.

El lunes de la semana siguiente fue muy especial para Skyler, ya que Logan le pidió que fuese su novia, Skyler aceptó y empezó a ser popular en la escuela, todos le tenían respeto y nadie se metía con ella. Arianne se puso muy celosa, ya que le quitó el puesto de chica popular.

Skyler empezó a ser más sociable pero más mala con los demás. Se creía un tanto superior a ellos y pensaba que le tenían que hacer caso en todo, les trataba mal, justo como habían hecho con ella. A la que trataba peor era a Arianne para fastidiarla y darle su merecido por haberse burlado de ella en el pasado.

Skyler a las espaldas de todos, amenazó a Arianne con que le hiciese todas las tareas y trabajos del curso: si no lo hacía le haría que quedase mal delante de todos diciendo cosas falsas de ella, Arianne con mucho miedo le hizo caso e hizo todos los trabajos del curso.

Como trabajo de fin de curso, el profesor les mandó hacer un dibujo de algo que quisiesen, Skyler decidió hacer ese trabajo. Fue a su casa súper feliz porque para ella ese trabajo era súper especial y le gustaba. Fue al lugar que quería representar con su dibujo, su pueblo. Como estaba cerca de donde vivían sus padres, estos la llevaron en coche, mientras que estaba en el coche se acordó de lo que le hizo a Arianne y se sintió mal. Estaba atardeciendo, por lo cual el cielo tenía unos tonos rojizos, unas pocas nubes tapaban el sol, había muchos manzanos y, cómo no, las pequeñas tiendecitas y bares. En especial estaba la tienda de chuches de doña Paca. Comenzó a dar las primeras pinceladas en el lienzo, cogió muchos colores, los mezcló hasta que consiguió los tonos que quería y después de dos horas y media consiguió finalizar el trabajo.

Al día siguiente, antes de mostrar el trabajo ante todos, Skyler delante de la clase dijo lo que había hecho, todos se quedaron sorprendidos ya que no creían que hubiese intimidado a Arianne y hubiese sido tan mala con ella. Mostró su dibujo y todos se quedaron alucinados, ya que era súper bonito y en vez de un dibujo parecía una fotografía del paisaje, el profesor le dio la enhorabuena ya que su dibujo era muy realista y por otra parte se enfadó con ella por lo que había hecho a Arianne.

Como Skyler se sentía mal por haber hecho que Arianne hiciese todos sus trabajos ella los volvió a hacer y se sintió mejor.

Skyler empezó a acercarse cada vez más a Arianne. Aprendió que por tener libertad de hacer lo que cada uno quiere, no es necesario hacer cosas malas a los demás, ya que les puedes hacer daño, y que haber hecho cosas estúpidas para sentirse superior era algo que nunca valdría la pena.

Paz Laguna De Andrés  
Colegio Santa Rafaela María  
Entrevías

## *EL CARRO DE LA FELICIDAD*

Érase una vez un campesino de mediana edad. Vivía en un pequeño pueblo donde en época de cosecha recogía el grano de sus campos, transportándolo en su carro de caballos hasta el almacén donde lo vendía. Lejos de pensar que este era el mejor momento del año, pues era entonces cuando recibía el fruto de su trabajo, el campesino lo llevaba muy a su pesar.

Lucas, un chico que acababa de trasladarse a ese pequeño pueblo junto a su familia, fue contratado por un terrateniente para llevar también el grano de sus tierras al mismo almacén.

El primer día en su nuevo trabajo, Lucas pasó con el carro ya descargado de trigo y se cruzó con el campesino, quien a duras penas podía empujar la carga que transportaba.

Lucas paró para saludar al campesino.

-Buenos días- dijo Lucas-, ¿vas al almacén a dejar tu grano?

-Sí -contestó rudamente el campesino, continuando su camino sin detenerse.

-Yo también trabajo ahora llevando el trigo al almacén-dijo Lucas, sin recibir respuesta a cambio.

Al día siguiente, Lucas ya regresaba del almacén cuando se volvió a encontrar con el campesino.

-Buenos días- lo saludó cortésmente.

El campesino lo miró con cara de pocos amigos pues, por segunda vez, podía comprobar cómo Lucas ya volvía ligero y feliz de trabajar y él aún se encontraba a medio camino de ida.

Lucas se dirigió a él diciéndole:

-Ayer no me presenté, mi nombre es Lucas ¿Cómo se llama usted?

-No tengo tiempo para entretenerme, o ¿no ves que estoy trabajando, chico? -replicó el campesino.

Lucas continuó su camino de vuelta a casa para así ayudar a su mujer embarazada, juntos esperaban emocionados la llegada de su primer bebé.

Día tras día, Lucas y el campesino se cruzaban en la mitad del camino y, como siempre, mientras Lucas ya regresaba de descargar el trigo, el campesino aún iba de camino empujando su carro.

Lucas lo volvió a parar diciéndole:

- Soy nuevo en este pueblo, mi mujer está esperando un hijo y no conocemos aún a nadie, me preguntaba si usted tiene familia y si podríamos ser amigos.

El campesino, por fin, contestó diciéndole:

-Sí, tengo una mujer que también trabaja todo el día, pues hemos de mantener a dos hijos que cada vez nos dan más problemas...

-Vaya, dijo Lucas, pues a ver si un día nos podemos conocer. Para nosotros sería un placer invitarles a nuestra casa, pues tiene un gran jardín donde sus hijos podrían jugar y mientras nosotros estar tomando queso y vino tranquilamente.

El campesino frunció el ceño y continuó empujando su carro.

Continuaron cruzándose día tras día y poco a poco el campesino fue saludándole cada vez más amablemente. Finalmente fue el campesino quien paró a Lucas para preguntarle:

-¿Cómo lo haces?

-¿A qué te refieres?- contestó Lucas.

- A volver de descargar cuando yo todavía no he llegado y además sonreír... Yo llevo toda la vida haciendo este trabajo tal y como me enseñaron y cada día me cuesta más, soy más infeliz y no tengo tiempo de disfrutar de mi mujer y mis hijos. Ellos también me necesitan, se encuentran desatendidos.

Lucas le contestó:

- Venga con su familia a casa este sábado y así podremos hablar y disfrutar de la tarde juntos.

El campesino aceptó la invitación y continuó su camino empujando el carro hacia el almacén. Aquel sábado, el campesino y su familia fueron a visitar a Lucas. Se encontraron con una bella casa a las afueras del pueblecito, con una pradera como jardín donde los caballos que llevaba cada día a trabajar pastaban tranquilamente a la sombra de los árboles que allí crecían.

-Querido amigo - dijo Lucas recibiendo efusivamente al campesino y a su familia.

Se presentaron y las esposas pronto encontraron tema de conversación a la vista del embarazo primerizo de la mujer de Lucas. La esposa del campesino le contó todo lo aprendido con sus bebés y le aconsejó lo mejor que pudo.

Mientras, los hijos del campesino, felices, salieron a correr al prado y a montar a los caballos.

Lucas ofreció al campesino un sitio fresco donde sentarse y le sirvió una copa de vino y un poco de queso.

-He podido observar- dijo Lucas- que engancha sus caballos tras el carro lleno de grano.

-Sí- replicó el campesino- toda la vida me enseñaron que los caballos han de empujar la carga desde atrás para que así el carro no pueda caer nunca y se evite derramar el fruto del trabajo.

-¿Y no siente cómo sus caballos están agotados de realizar la labor de esta forma?- añadió Lucas.

Y continuó:

-¿Se ha preguntado alguna vez qué pasaría si colocara los caballos delante? Ellos le ayudarían arrastrando la carga y podrían ir más ligeros.

Al siguiente día de trabajo algo cambió: Lucas y el campesino volvieron a coincidir en el camino, pero esta vez ambos regresaban a la vez de descargar el grano en el almacén. El campesino sonreía mientras, cabalgando, hablaban entre sí como amigos.

-Estoy muy contento, Lucas- exclamó el campesino-. Regreso a casa a tiempo de poder disfrutar de mi esposa y ayudar a mis hijos con las tareas de la escuela. Hoy puedo hacer lo que quiero y me siento libre.

Lucas le contestó:

- Mi querido amigo, los caballos son como la felicidad que arrastra nuestra vida volviendo el camino más llevadero. Si eres feliz, no te cuesta tanto trabajar y eres feliz trabajando; si eres feliz, lo serás también con tu familia.

Haz lo que quieras mientras que cumplas con tu deber y seas feliz al mismo tiempo.

Lucas añadió:

- Aunque esto normalmente nos lo enseñan al revés, diciéndonos: “Trabaja y serás feliz, cástate y serás feliz, cómprate algo y serás feliz”, yo, sin embargo, he comprobado que siendo feliz primero es cuando consigues todo lo demás. En la escuela me enseñaron que lo que se ama no pesa y aun teniendo muchas cargas por detrás de lo que amas, si realmente te importa y te hace feliz no supone una carga para ti.

Beatriz Rojo Gómez- Ferrer 4º ESO

Colegio Sagrado Corazón Esclavas

Valencia



## EL LUTHIER

Llevaba un mes trabajando en esa guitarra y, pese a eso, aún le quedaba trabajo por delante para poder acabarla. Cuidadosamente lijaba las paredes de lo que, en un futuro, sería el interior de la caja.

Samuel era luthier, concretamente de guitarras. Cada una de sus obras era fruto de un trabajo largo y cuidadoso, y eso se notaba en sus resultados. El secreto de su perfección se encontraba en la madera con la que trabajaba. Esta era fruto de una clase de árbol que solo cultivaba él y que le daba un sonido único a sus guitarras. Pero desgraciadamente, su oficio no le producía muchas ganancias y eso lo amargaba profundamente. Allí, sentado en su taller, pensaba en lo desgraciado que era. Se preguntaba continuamente por qué no cambiaba de oficio; amaba su trabajo, pero le frustraba enormemente ver que apenas le daba para cubrir sus necesidades básicas. Envidiaba al resto de gente que vivía en el pueblo, muchos de ellos tenían piscina en sus jardines, un coche veloz, vivían en una casa lujosa y viajaban a menudo.

Samuel no tenía coche y su vieja casa estaba a las afueras del pueblo (situación que no le desagradaba del todo, ya que así no tenía que soportar ver a sus vecinos pavoneándose de sus lujos). Lo único que le proporcionaba un poco de alegría era escuchar el sonido de una de sus guitarras cuando la terminaba. Ese sonido que tanto adoraba. Pero últimamente esa alegría era cada vez más efímera mientras su amargura se iba consolidando.

El papel de lija se acabó y gracias a ello, dejó de estar ensimismado en sus pensamientos. El desvencijado reloj de cuco marcaba las once y media de la mañana. La ferretería del pueblo ya debía haber abierto. Se levantó, cogió su abrigo y caminó hacia el pueblo.

Al llegar, se dirigió hacia el establecimiento y antes de entrar miró el tablón de anuncios que se encontraba en la entrada, lo cual hacía a menudo. En medio de este había un enorme cartel anunciando un futuro concierto en el pueblo de un tal "John Sea". No conocía a ese artista, pero por el cartel dedujo que se trataba de un cantante actual de pop. Indicaba que el concierto tendría lugar esa misma noche. "Espero que no pongan la música muy alta, me entraría dolor de cabeza", se dijo mientras entraba en la tienda.

Ya eran las siete y media de la tarde y, como todos los días, Samuel se encontraba trabajando en una de sus guitarras. Estaba tan concentrado en sus pensamientos (para variar, negativos) que casi no se percató de que alguien estaba llamando a la puerta.

Extrañado pero ilusionado a la vez, se dirigió a la puerta. ¡Hacía días que nadie venía a comprarle una guitarra! Abrió la puerta apresuradamente y un hombre bajito y bigotudo le esperaba al otro lado.

-¡Buenas noches! Soy Míster Kyle – le dijo el hombre con aires de superioridad.

Al ver que Samuel no le reconocía añadió:

-¡El manager de John Sea!

Samuel se quedó pensando unos segundos en quién sería ese tal John Sea; luego recordó los anuncios que había visto esa mañana y automáticamente le cambió la cara. ¡Tenía la oportunidad de venderle una guitarra al manager de un famoso cantante!

- ¡Ohhh! Claro, míster Kyle! ¿Cómo no lo he podido reconocer antes? – dijo fingiendo gran emoción- ¿Qué le trae por aquí? Sería todo un honor poder venderle una de mis guitarras, sabe so...
- Jajajajaja ¿quién ha dicho que quiera una guitarra? – le cortó el recién llegado - Mire, un hombre en el pueblo me comentó que usted fabrica unas guitarras magníficas, ya que utiliza una madera procedente de unos árboles que solo se pueden encontrar en su bosque, ¿no es así?
- Sí, así es...-contestó Samuel sin saber muy bien a dónde quería llegar ese hombre.
- Muy bien, pues querría adquirir toda esta propiedad, incluyendo el bosque, por supuesto. Planeamos construir una fábrica de guitarras justo aquí -dijo sonriente.

Samuel estaba a punto de gritarle que su madera no estaba en venta, pero míster Kyle continuó:

- Puesto que son unos árboles únicos, estaríamos dispuestos a pagarle unos tres millones de euros más un 5% de las ganancias. ¿Qué me dice, amigo?- preguntó, sabiendo que Samuel no rechazaría esa oferta.

Samuel lo pensó unos minutos. ¡Tres millones de euros! Con todo ese dinero se podía comprar un coche y una casa, desde luego ¡Y muchas más cosas! No se lo pensó dos veces y aceptó. ¿Cómo podía negarse? ¡Era la mejor decisión que podía tomar en su vida! O eso creyó en ese momento...

El papeleo fue rápido, en unas semanas Samuel ya vivía en su nueva y lujosa casa, con su tan ansiado coche incluido y tenía planeados varios viajes alrededor de Europa para el mes siguiente. Se sentía especialmente bien cada vez que veía cómo sus vecinos le miraban con envidia cuando él paseaba por el pueblo con su nuevo coche. Se levantaba tarde con el desayuno preparado, se podía bañar en su propia piscina climatizada y, por supuesto, no tenía que trabajar.

Pero tras unos meses, Samuel empezó a percatarse de que todos esos lujos no le hacían más feliz. Se dio cuenta de que echaba mucho de menos fabricar guitarras, también entendió que ni todo el dinero del mundo podría jamás producirle la misma satisfacción que le generaba escuchar el sonido de una de las guitarras que, tras meses de trabajo, hubiera conseguido terminar. Sin construirlas se sentía vacío. Simplemente flotaba entre los días sin saber qué hacer... Entendió que no quería seguir viviendo lo que le quedaba de vida así.

Un día se levantó temprano y se dirigió a las oficinas donde trabajaba míster Kyle. Este lo recibió sorprendido y quedó atónito al escuchar que Samuel quería empezar a trabajar en la nueva fábrica de guitarras, sin importarle el sueldo o el cargo.

El empresario, confundido, no pudo evitar preguntarle la razón por la cual Samuel quería desempeñar un trabajo tan poco remunerado en su fábrica, si ya tenía el dinero suficiente como para no tener que volver a trabajar en su vida. Y su sorpresa fue mayúscula cuando Samuel respondió con una sonrisa:

- “Porque quiero hacer lo que amo.”



## *HAZ LO QUE QUIERAS DESDE EL CORAZÓN*

Somos libres, me recordé, pero, ¿hasta qué punto?

¿Podría saltar sin estar atada a nada? ¿Podría correr sin compromisos? ¿Podría escapar de mí misma? ¿Podría, incluso, ser feliz?

Preguntas que me hice un 26 de octubre de 2014, cuando pensé que sería presa de mí misma el resto de mi vida; cuando pensé que nunca más podría ser feliz.

Tres años después, contestaría esas preguntas con una respuesta diferente, pues la primera vez que me las respondí, mi respuesta fue un NO a todo, no podría saltar, no podría correr, no podría escapar, ni siquiera podría ser feliz.

Entonces, me di cuenta de que no era libre ni de mí misma. Aunque fuese una persona libre según artículos, derechos y constituciones, yo era mi propia presa.

Aquel 26 de octubre, pensé que nunca más volvería a ser yo misma, pero la vida me enseñó que llegan oportunidades que nos sorprenderán.

Esperaba sentada a que mi madre y mis hermanos llegasen, y el resto de gente que les acompañaría, gente que en ese momento no me importaba, gente que seguiría con sus vidas tal y como estaban hace un día, gente que olvidaría todo en un día, gente que prometería y se olvidaría de cumplir. Simplemente eso, gente, una persona de las 7000 millones de personas que viven en el planeta. Pero ninguna de esas 7000 volvería a hacerme feliz, ninguna, o eso era lo que yo pensaba.

Yo ya no era yo, era alguien que había ocupado mi lugar desde hacía dos días, y que se encargaba de hacerme andar, comer, y contestar con un sí o un no. Yo solo estaba arriba, en mi mente. Solo pensaba, pensaba en él y en mí, en segundos, minutos, días y horas vividas a su lado. Me di cuenta, de que ni siquiera somos libres del tiempo; odio esa tendencia de los humanos a creer que podemos controlar todo, de que somos los dueños de lo que nos rodea, pero al fin y al cabo, ¿Qué podemos controlar? Vivimos en un mundo que nos controla a nosotros, que nos hace creer que podemos dominarle, pero en realidad, es el mundo quien nos domina.

El tiempo pasa y nosotros tratamos de disfrutarlo y aprovecharlo, ya conscientes de que no será eterno, de que algún día ese tiempo del que nos creíamos amos, desaparecerá, y entonces ya no seremos más que presas del miedo, que sufren por no saber si han aprovechado el tiempo que se les ha dado, asustados de que llegue el final. Asustados de que esas personas que amamos no oigan el último perdón, el último adiós o incluso el último te quiero.

Yo no me puedo quejar, él se fue con un “buenas noches papá, te quiero”. Pero cuántas veces más me habría gustado volver a escuchar esa frase salir de mi boca.

“Claudia”, noté que sacudían mi brazo, y me arrancaban uno de los cascos, “tienes que entrar”, yo, resignada, me levanté.

Volví a ponerme los cascos, y sonaba Mumford & Sons, “Winter Winds”, en el verso “And my head told my heart let love grow”, ¿sería verdad que el corazón debe dejar crecer al amor? Pero yo creía que mi corazón estaba seco como para dejar crecer algo como el amor, era un lugar árido para volver a querer a alguien.

Entré en la iglesia, y solo al ver tanta gente, quise correr, escapar o saltar. Recordé esa película en la cual la chica corría del funeral de su madre porque ya no podía con el dolor o la presión, pero yo creo que notaba que ya no era libre. ¿Qué pasaría si yo corriese?

Pero no podía, no podía dejar sola a una de las pocas personas que quería. Así que me quedé, aunque ¿estaba haciendo lo que verdaderamente mi corazón pedía?

Solo recuerdo dos cosas de aquella misa: lágrimas, y una frase, “encontrarás la respuesta al porqué de cosas así en Dios”. Yo no podía escuchar algo así, aunque siempre me había considerado una persona que realmente creía en Dios, hace 48 horas había desaparecido de mi interior, ¿cómo Dios puede dejarme sufrir así? No hay respuesta que Dios me pueda dar que pueda hacerme volver a sentirle conmigo, pues él se fue de mí al mismo tiempo que mi padre lo hacía.

Tras una hora de recordarme mi triste situación con el paso de personas prometiendo su cariño y ayuda, pude salir de aquel lugar, que ya no consideraba mi hogar.

Volví entonces a sentarme en el mismo banco, pero ahora ya no podía escuchar más música; mi mente me estaba gritando y ya no había ninguna manera de hacerme la sorda.

Y entonces lo vi, vi a esa niña, sonriendo, pero no me estaba sonriendo a mí, sino al mundo. Me acerqué curiosa, y vi que aquella foto era del Congo, país en el cual Proacis quería colaborar. Aquella niña se llamaba Akeelah, y creí nunca haber visto a una niña tan feliz, y solo me preguntaba, ¿cómo podía ser feliz con ese alrededor en el que vivía? Pues se veían horribles casas a su alrededor, y su higiene y atuendo demostraban falta de recursos.

Antes de irme, miré a Akeelah una vez más, y su sonrisa se me quedó grabada como una de esas canciones. Ella había conseguido que ni siquiera oyera lo que decía mi cabeza.

Cuatro años después, yo no era la misma que aquella niña pequeña del banco, estaba a punto de acabar el colegio.

Apenas quedaban unos días para que me graduase, así que en una de las despedidas con una profesora, vi la foto de Akeelah en el fondo de una caja de su despacho, y volví a ver esa sonrisa. Dicen que no podemos olvidar una mente, pero olvidar aquella sonrisa también era imposible.

Así que la cogí, y me guardé aquella foto, y al llegar a casa la coloqué en mi mesa. En las siguientes semanas lo único que hacía era mirar aquella foto. ¿Y si mi camino no era la universidad, si no aquella niña?

Así que fui a hablar con mi profesora, y le pedí que me contase cómo era ser voluntario. Nunca había sentido tanta necesidad por hacer algo. Yo quería ser esa persona que consiguiera mejorar la vida de otras personas, personas como Akeelah.

Pese a todas las críticas y consejos que escuché sobre cómo primero debería asegurar mi futuro, por primera vez sentía que hacía lo que quería, desde dentro, y notaba cómo mi corazón se emocionaba.

Llegó el día, y corrí, y sabía que no pasaba nada si lo hacía, porque ya no me ataba nada, mi libertad comenzaba.

Cuando me desperté en el avión, ya no estaba en La Coruña, pasábamos por encima de un lugar muy verde, de pequeñas chabolas de madera, aquello no se parecía al lugar del que yo venía.

Al bajar, me paré un segundo para respirar, y seguí mi camino sabiendo, por primera vez en mucho tiempo, que era lo que necesitaba.

Al llegar al colegio en Kinshasa me encontré con una de las voluntarias que colaboraban allí, Jeanne, era una chica francesa que se encargaba de dar clases a los niños, para que no llegasen a ser adultos analfabetos.

Me indicó dónde estaba mi habitación. Llegué a un lugar oscuro, con una cama, una pequeña mesa y un armario; ya no estaba mi gran armario, ni todas las fotografías que colgaba en mi habitación, y entonces, me sentí sola, y las preguntas que había prometido no hacerme, vinieron a mi mente, ¿había tomado la decisión correcta? ¿Quería estar realmente allí o había sido una idea precipitada para demostrar mi madurez?

Jeanne vino a buscarme para llevarme al comedor. Allí estaban el resto de voluntarias, todas parecían contentas y emocionadas, y sobre todo, felices. Así que pensé que aquello no podría estar tan mal.

Mi francés no era sobresaliente, pero podía entender sus básicas preguntas del estilo como estás o cuántos años tienes, pero fue entonces, cuando una de ellas me preguntó: “¿Por qué estás aquí?”

No supe qué contestar, ¿por qué estaba allí realmente? Ni siquiera podía contestarme a mí misma, pero lo dije, dije su nombre, Akeelah.

Ellas se miraron sorprendidas; “¿Akeelah?” dijo la que estaba enfrente de mí.

Jeanne me preguntó si hablaba de la niña del poster y, tras mi sí, me preguntó cómo podía ser que conociese a Akeelah.

Entonces les expliqué la historia. Les conté cómo había conocido a Akeelah, en un momento insospechado, y que su sonrisa me había impactado de algún modo. Yo había ido hasta allí porque quería ser tan feliz como Akeelah, y además la quería conocer.

Ellas me miraron con asombro, y me lo dijeron, Akeelah había muerto debido a la tuberculosis.

Lo primero que pensé es que todas las personas a las que me acercaba desaparecían, ¿qué había hecho yo para que Dios me hiciera esto?

Salí corriendo, ya no me sentía libre, sino que notaba la presión subir por mi pecho. Llegué a la puerta y me senté a llorar; lloré durante horas. Algunas de las voluntarias se acercaron para intentar consolarme, pero yo no quería escuchar a nadie.

Empezaba a anochecer cuando quité mis brazos de mi cabeza, y entonces la vi. Era pequeña, pero no se parecía al resto de niñas que estaban por allí, era diferente, tenía algo familiar.

Se acercó a mí de forma sigilosa, y me secó una lágrima con sus pequeñas manos. Me hizo señas para que le acompañase dentro. Nos sentamos en el comedor, y cogió una servilleta, hizo figuras con ella, y cogió una servilleta para mí y me enseñó a hacerlas con ella. Yo era demasiado torpe como para seguir sus pasos, y al ver mi torpeza; se empezó a reír, y nunca había oído reír a nadie de ese modo, de una forma tan pura, miré su sonrisa y sus ojos, y en ellos se podía ver el reflejo de la felicidad. ¿Cómo podía ser feliz con tan poco?

Llegó Jeanne, con una expresión de asombro le dijo a aquella niña, llamada Sadiki, que se debía ir para poder servir la cena. Entonces fue cuando me preguntó, “¿cómo la has encontrado?”. Yo no sabía a qué se refería. “¡Ella es la hermana pequeña de Akeelah!” exclamó. “Sólo tiene 8 años” decía mientras miraba con ternura a la niña que se iba, “después de la muerte de su hermana estaba muy afectada, pensamos que borraría esa sonrisa de su rostro en las últimas semanas de vida de Akeelah, pues ella estaba muy enferma, pero Sadiki hizo lo contrario, empezó a sonreír más, quería hacer a su hermana feliz en sus últimos días, así que ella se pasaba el día en el hospital leyéndole cuentos y novelas. Cuando Akeelah murió, Sadiki estuvo llorando una semana, incluso se negó a venir al colegio, cuando es la primera de su clase. Pero, pasadas dos semanas, me la encontré justo en esta mesa y sonreía a su plato, así que le pregunté por qué sonreía tanto, y me respondió que ahora tendría que sonreír el doble, por ella y por Akeelah.”

Las lágrimas corrían por mi rostro.

“Sabes,” comenzó Jeanne, “a veces parece que Dios nos quita lo más importante y en realidad eso no es su culpa, lo que hace es darnos la fuerza, para que sepamos superar esas pérdidas, y apoyarnos en él, para llegar a ser, de algún modo, más fuertes”

Creo que al ver que mis lágrimas seguían recorriendo mis mejillas, decidió que yo desearía estar sola.

Solo podía pensar en algo ¿cómo podía haber pensado que Dios me había abandonado, si era el único en ese momento que me estaba dando las fuerzas necesarias para seguir aquí? ¿Dónde estaban las promesas de todas esas personas que un día fueron a aquella misa?

Las personas somos las que decidimos, es verdad, pero debemos pensar antes de decidir, desde dónde lo hacemos, desde nuestra cabeza o desde el corazón. Puede que si eligiésemos desde la cabeza, nuestras decisiones serían el reflejo de muchas ideas, que puede que ni siquiera apoyemos; pero no hay decisión más sincera, que la que hacemos desde el corazón.

Tres meses después de aquello, veía la Coruña de nuevo y, reflejada en el cristal de esa ventanilla, veía a una nueva persona y unas nuevas respuestas, pues ahora era libre, y había encontrado la respuesta a mi pregunta más importante, ¿volvería a ser feliz? No podía contestar con otra respuesta que no fuese un Sí, porque ahora había aprendido que el único modo de lograr esa felicidad, era callando mi mente y escuchando a mi corazón.

A Coruña



## LA GALLETA DE LA FORTUNA

No le costó demasiado reconocer que llevaba meses enganchada a algo que empezó como un juego tonto, algo sin mayor trascendencia, pero que se había convertido en las últimas semanas en una peligrosa adicción, en casi una parálisis que le obligaba a cumplir con una serie de rituales diarios, sin los que le era difícil salir incluso a la calle. Superstición lo llamaba Laura, “superstición e ignorancia” le llegó a decir, muy enfadada, aquella mañana en la que se había negado a entrar en el examen de Matemáticas porque el horóscopo le decía “Acuario: mal día para jugar con números”.

Sí. Al final tuvo que reconocer que aquella manía por interpretar los horóscopos la estaba volviendo loca. Y también tuvo que reconocer que, en el fondo, se sentía más segura si cumplía diariamente con esa absurda liturgia. Era como si algo, alguien, le dijese cada día lo que tenía que hacer, y así poder justificar su “mala” o “buena” suerte. Como si algo, o alguien, controlase hasta el más mínimo detalle cada uno de sus actos. Como si algo, o alguien, se hiciera cargo de su responsabilidad.

Y pensar que todo comenzó por una pelea con su padre. Había llegado tarde, es cierto, mucho más tarde de la hora permitida. Y sin avisar. Sabía que este detalle era el que más enfadaba a sus padres; “si vas a llegar tarde, avisa”. Pero la fiesta no había hecho más que empezar, y las niñas tenían permiso para quedarse hasta las cuatro. Ella no. Un resbalón en el examen de Economía había sido suficiente para que su madre se cerrara en banda. “A la misma hora de siempre”, le dijo antes de salir.

De todos modos, nunca pensó que por llegar tarde su padre se enfadaría de aquella manera y le diría unas palabras que, al final, se habían convertido en una maldición: “¿necesitas siempre a alguien que te diga lo que tienes que hacer?”

El desayuno fue tenso. Sus padres hacían como que ella no estaba en la mesa, dirigiéndose sólo a su hermano. ¿Me pasas el azúcar? ¿Qué planes tienes para hoy? Y allí estaba el periódico, abierto justo por la página de los horóscopos. Leyó: “Acuario: una discusión familiar se presentará como una oportunidad para avanzar”. Ja, ja, pensó. Pero de pronto, su padre levantó la vista y le dijo:

- María, tu madre y yo hemos pensado que tienes razón. Fuimos excesivamente injustos contigo anoche. A partir de ahora, negociaremos siempre la hora de llegada. ¿Qué te parece?

Ohhhhh, pensó. Una discusión, una oportunidad para avanzar... Y a partir de ahí, todo lo demás.

Comenzó con las páginas del periódico que cada mañana llegaba a casa. Pero pronto aquellas cuatro líneas le supieron a poco y se pasó directamente a las páginas de horóscopos que circulaban por la red. “Acuario hoy”, “Horóscopo.net”, “Lo que dicen los astros”... Así fue como se vio envuelta en una sucesión de malos

entendidos y de problemas con sus amigos, aunque no lo quería reconocer, porque todo tenía una interpretación astral, una mirada, un gesto, una palabra... Todo estaba en el horóscopo. Si leía “Acuario: hoy tendrás motivos para llorar”, se pasaba toda la mañana esperando ese motivo, e incluso si no lo encontraba, había llegado a provocar situaciones de conflicto para que todo encajara. Era como si todo tuviese sentido cuando se cumplían –o ella creía que se cumplían- las predicciones. Todo iba bien.

Al poco tiempo empezó con las galletas de la fortuna, tal vez porque lo del horóscopo empezaba a ser demasiado repetitivo, o tal vez porque Lucía le dijo una mañana que solo le faltaba poner un consultorio astrológico y aquello le dolió. Lo de las galletas tenía mejor fama. Al fin y al cabo, todos sus amigos fantaseaban con aquellos mensajes y hasta Andrea había forrado su carpeta con las mejores frases de las dichas galletitas.

“La mitad de la alegría reside en hablar de ella” decía una de aquellas frases. Y no le costó comprobar que era cierto. Aquella mañana volvió a ser ella misma, riendo, charlando, ni se acordó siquiera que el horóscopo decía “Acuario: no te fíes de las personas de tu alrededor”, lo de la galleta le sentó bien. Hasta su madre se dio cuenta cuando, a la hora de comer, le contó con pelos y señales lo que había hecho durante toda la mañana. “María, qué contenta vienes hoy”. Claro, pensó ella, si la mitad de la alegría reside en hablar...

Pero pronto volvió a engancharse a los consejos y a dejar que fueran aquellos papelitos los que decidieran por ella.

“Ningún copo de nieve en una avalancha se ha sentido culpable jamás”.

“Tu parecido a una marioneta impedirá que el mundo te tome en serio”.

“Te ríes ahora, espera a llegar a casa”.

“Tendrás hambre de nuevo en una hora”.

“Solo escucha a la galleta de la fortuna. Descarta todas las demás unidades de adivinación”.

“La fortuna que buscas se encuentra en otra galleta”.

Todo tenía sentido porque lo decía una galleta. Así de simple, así de triste. Y así, hasta esa mañana, cuando la galleta del día le dejó un mensaje inquietante: **“Haz lo que quieras”**.

Llevaba horas dándole vueltas a lo que significaba aquello. ¿Cómo que haga lo que quiera? ¿Cómo sé qué es lo que quiero? ¿Por qué puedo hacer lo que quiera?

Demasiadas preguntas para un trozo de papel recién salido de una galleta. Decidió volver andando a casa. Al fin y al cabo, todas se habían reído a carcajadas cuando les enseñó el mensaje. “Ahí lo tienes” –dijo Laura- “a ver qué hacer ahora”. No se atrevió ni a contestar. Bastantes peleas habían tenido ya en los últimos meses a cuenta de las galletas como para andar con más discusiones. En el fondo, llevaban razón. Había cambiado mucho en los últimos tiempos. Se sentía insegura, asustada... Todo le sentaba mal. Y sabía que se había distanciado mucho de sus amigos, de su hermano, incluso de sus padres.

Le costó reconocerlo pero, al final, admitió que confiaba más en el horóscopo y en las galletas que en su propia familia, en sus amigos, en sus profesores. Se había convertido en una esclava, en una marioneta al servicio de lo que decían, supuestamente, los astros y los oráculos.

“Haz lo que quieras”. “Haz lo que quieras”, repetía su mente una y otra vez... lo que quieras.

Siguió dándole vueltas a su comportamiento en los últimos meses. Hacía ¿cuánto? que no iba a patinar con las niñas, que no acompañaba a su hermano a los ensayos, ¿cuánto tiempo hacía que no acompañaba a su madre al supermercado?, ¿cuánto que no jugaba al ajedrez con su padre? ¿cuánto que no llamaba a su abuela? Definitivamente, aquella adicción no era buena.

“Cuando llegue a casa” -pensó muy decidida- “voy a recuperar todo el tiempo que he perdido. Voy a llamar a Laura y le voy a pedir perdón por no haber estado con ella cuando la operaron de urgencias y le voy a decir que la quiero. Voy a sentarme con mi padre y le voy a decir que me enseñe a terminar aquella partida que dejamos a medias, porque lo quiero, y lo quiero mucho. Voy a ayudar a mi madre a hacer la cena y le voy a decir que siento mucho que esté tan cansada y que puede contar conmigo para lo que necesite, porque la quiero. Voy a decirle a mi hermano que no me importa explicarle cien veces los problemas de Matemáticas y que esta noche me pondré con él hasta la hora que sea necesario, porque lo quiero... Eso es lo que quiero”.

De pronto se paró en seco y volvió a repetir en voz alta las últimas palabras que aún resonaban en su mente: **“Lo que quiero”**.

Volvió a mirar al papelito de la galleta y empezó a reírse a carcajadas. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? HAZ LO QUE QUIERAS...

Eso era lo que realmente intentaba decir el mensaje. Lo que quieras, lo que sientas, lo que ames, lo que diga tu corazón, lo que realmente te haga sentir bien, y lo que haga sentirse bien a los que nos rodean.

Llegó a casa como hacía tiempo que no lo hacía. Soltó la mochila y entró como un rayo en la cocina donde su madre y su hermano estaban preparando la merienda.

- ¡¡Ya he vuelto!! ¿Os puedo ayudar en algo?

Su madre se dio la vuelta, entre sorprendida y contenta por su cambio de actitud.

- **Haz lo que quieras.**

Alberto C. Romero Vallejo 2º Bachillerato

Colegio San José

Cádiz

## VOZ INTERIOR

*Para recordar que:*

*Todos tenemos una voz interior.*

*Unas ganas de comernos el mundo.*

*La decisión de hacer lo que queremos para ser felices.*

Oscuridad, silencio, asfixiante. Cuando abro los ojos no veo nada, a pesar de querer con todas mis ganas descubrir qué hay ahí, solo está oscuro. Aquí no hay luz. Solo a veces me parece escuchar algo sobre este ensordecedor silencio. Cuando escucho soy feliz, pronto descubriré qué hay más allá. Cada vez hay menos espacio, siento que me ahogo en estas paredes que me mantienen encerrado desde hace tanto tiempo. ¿Llevo aquí toda una vida? Cuando escucho esa voz, todo parece calmarse, el hecho de no ver no importa, el espacio no me presiona a encogerme. Me gustaría saber qué hay ahí detrás, qué es esto que toco, qué es esto que huelo, quién es esa voz. Me gusta; los sonidos, los olores y esa bonita y dulce voz.

No sé cuánto tiempo estaré aquí, puede que para siempre, mientras tanto pienso. Pienso en la infinidad de cosas que tengo que descubrir, en todas esas cosas por las que se tiene que pasar para llegar a encontrarse ¿Quién soy yo? ¿Qué es ser niño y ser niña? ¿Tengo algún color, o soy oscuridad como todo lo que veo? Realmente da igual lo que sea, y como sea mientras sea yo, eso creo. Aquí parece todo tan confuso, que puedo pasar horas repitiéndome la misma pregunta ¿Quién soy yo? Hasta que no llegue el momento, puede que no lo sepa, puede que nunca lo haga al fin y al cabo ¿La gente sabe quién es? Todos debemos tener una voz interior dentro, esta debe ser la mía y me gusta poder decidir por mí mismo qué es lo que me gusta, qué quiero. Eso por el momento define cómo soy.

La vida, es vida. Y estoy deseando ver qué me espera, qué espera el mundo de mí. Si es mi deber cumplir sus expectativas a lo mejor no me gusta la vida, o me encanta. Sé que hay muchas cosas buenas que se acercan cada vez más. Respirar; coger aire por los pulmones y expulsarlo. Sentir cualquier cosa, por dentro o por fuera, sobre todo por dentro. Notar cómo el corazón se me acelera, como cuando escucho esa voz; tal vez sea una voz importante. A veces siento un cosquilleo en los pies, en las manos, en el estómago; creo que porque mi mundo empieza a moverse, a hacerse real. Cada vez sé más cosas, no quiero olvidar nada de esto, pensar aquí es asombroso, tengo todo el tiempo del mundo.

Cuando tenga una vida, seré quien yo quiero ser, haré grandes y pequeña cosas, todo cuenta. Querré a todo el mundo, ellos vienen del mismo lugar que yo, ¿Por qué no hacerlo? Creo que esa voz que tanto me habla me quiere, yo no he visto de dónde proviene pero me encanta que parlotee a todas horas conmigo, la quiero. Además, me parece que huele bien. ¿Es mi mamá? Si conozco a mi mamá algún día, haré muchas cosas con ella,

le diré que quiero que me enseñe todo, todo lo que se ha descubierto. Empiezo a darme cuenta de la importancia que tienen mis pensamientos; aquí dentro estoy creando una existencia de la nada ¿Esto que estoy imaginado lo experimentaré en primera persona? Aprender, disfrutar, decepcionarme, alegrarme. Quiero hacer tantas cosas, me preocupa no lograr conseguirlo a pesar de querer con todas mis fuerzas. Aunque aún hay tiempo, lo sé.

Creo que mamá intenta decirme algo, últimamente me parece escuchar más claramente su bonita voz. En verdad escucho todo a mí alrededor con más sentido de lo que jamás podría haber imaginado.

— ¿Qué tal estás ahí dentro, amor? Estoy deseando verte.

Yo también estoy deseando verte, mamá, pero por mucho que me estiré no logro encontrarte ¿Dónde estás? ¿Cuándo podré verte? Más bien, cuándo podré ver algo, me asfixio. ¿Mami, dónde estás? Comienzo a asustarme, quiero salir de aquí, de ese “dentro” que tú dices. Pero sé que estás cerca, si me tranquilizo, puedo escuchar tu corazón al compás del mío. Aquí, en el pecho, siento que estoy bien notándote tan fuerte. Bum, bum. Bum, bum.

Amor, hoy se me ha venido a la cabeza esa palabra que mamá me repite constantemente y no he podido dejar de pensar en lo mucho que amo poder estar cerca de ella, cerca de la vida, cerca de mí. Cuando salga ahí fuera amaré a una persona muy especial, no sé quién, ni cómo es, pero está ahí, ese alguien también me amará a mí. Sentir esto que siento cuando mamá habla para mí. Aún no lo entiendo, pero me parece bonito eso del amor.

— Amor ¿Pasa algo ahí dentro?

No pasa nada, mamá, solo estoy pensando en qué haré cuando salga. Jugar, correr, saltar, reír... a veces te escucho reír, yo lo intento, pero no suena como suena en ti. ¿Y mi voz? Quiero saber cómo será, igual es una bonita voz cantarina, a lo mejor cantar no es lo mío. Si mi voz no es bonita ¿me querrás? Puede que se me dé bien la ciencia, o tendré una mente artística dispuesta a cohibir al mundo, quizá encontraré mi camino entre las letras; elija lo que elija espero hacer lo correcto.

¿Mamá, por qué estás triste? Te he escuchado llorar y me pregunto qué cosas tan horribles puede tener el mundo que no te dejan ser feliz, no te dejan hacer lo que tú quieres. El mundo parece un lugar muy cruel, a diferencia de aquí, que todo es muy seguro. Donde estoy no hay problemas, me gustaría que estuvieses a mi lado para que pudieses hacer lo que quieres, para que pudiese pensar tanto como pienso yo. Mami, se feliz, por favor. Siempre hablas de un tal papá ¿le quieres?

— Aunque papá no esté, yo estaré para ti siempre, amor.

No entiendo a qué te refieres cuando dices que no está, ¿Te ha abandonado? Me basta con escucharte a ti, cuando hablas sobre ello pareces triste y yo no quiero que lo estés. Me has demostrado que se puede querer a cualquier persona a pesar de no haberla visto, creo que me gusta tu amiga, la que me habla todo el rato tan de cerca, la que te anima a conocer otra gente, que aproveches esas oportunidades que se presentan. Si ella te hace bien a ti, me hace bien a mí, me pareció escuchar que os conocíais de toda la vida ¿Estabais juntas aquí donde estoy yo? Hablar con ella es divertido, aunque no me escuche. Por la noche conversáis sobre mí, de lo difícil que es la vida, de lo que podemos llegar a conseguir. Aunque sea difícil quiero intentarlo, déjame salir ya,

mamá. Quiero hacer muchas cosas contigo, y con tu amiga, y con todas las personas que puedas conocer. Por mí solo o con ayuda, cosas difíciles o fáciles.

Querré hacer todas esas cosas porque lo he decidido yo, porque nadie me dijo aquí que era lo correcto, así lo pienso yo. Tendré oportunidades y problemas. Tendré una vida en la que probar mis decisiones, retractarme de los fallos, celebrar los aciertos. Una vida que compartir con todos, con la que aprender cosas nuevas, perseguir metas y cumplir sueños. Porque esta vida es mía, y yo decido qué hacer y quién ser.

Oscuridad, silencio, asfixiante. Cuando abro los ojos no veo nada, pero de pronto: luz, sonido, mamá.

Cristina Casado Pilas

Colegio Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús

Martínez Campos Madrid

## LIVE

Hace cinco meses que ganó el partido Libertad las elecciones nacionales. Su líder Adolfo Quequiero hizo una campaña demencial, no paraba de decir cosas sin sentido. Proponía acabar con el ejército, la policía y todas las fuerzas armadas, a simple vista podría parecer que estaba en contra de la violencia, pero no os dejéis engañar, no es un pacifista, es que defiende que ninguna autoridad debe impedir al ser humano ser completamente libre. También prometió acabar con los jueces, convirtiéndolos en simples opinadores cuyo juicio no tendría ningún valor. La educación pasaría a ser voluntaria, lo mismo que pagar impuestos o respetar las normas de tráfico. De su locura no se libraron ni los signos de puntuación. En un principio nadie se lo tomó en serio, los demás partidos se reían de él y en las encuestas no tenía ni un 10% de los votos. Lo que nadie calculó es que la gente mentía cuando le preguntaban, porque les daba vergüenza. En realidad había más interesados de los que parecía en ese mundo sin reglas, así que la sorpresa fue total cuando el 13 de noviembre Adolfo se convirtió en nuestro presidente.

El primer mes parecía divertido. Dejé de madrugar, no completaba ni la mitad de mi jornada laboral, comía a la hora de cenar y cenaba a la hora de merendar. Incluso organicé un par de fiestas en casa hasta altas horas de la madrugada y no vino la policía. Lo malo es que mis vecinos empezaron pronto a hacer lo mismo y no me dejaban dormir. El segundo mes noté que la calle olía muy mal, parece que recoger la basura es algo que nadie quiere hacer. El otro día en urgencias, donde trabajo, recibimos más de 20 personas en una sola hora porque habían sufrido accidentes de tráfico: piernas rotas, brazos torcidos, cristales clavados y muchas cosas espantosas que ya os podéis imaginar. Pero el verdadero impacto se produjo la semana pasada cuando en el final de la liga, los futbolistas dejaron de respetar las reglas del juego. Desde entonces el rugby ha crecido en popularidad, lo que no me extraña porque si tiene reglas, desde luego que yo nunca las he entendido. Pensé que la gente se estaba dando cuenta de lo que sucedía y que iban a movilizarse contra ese caos, pero no fue así. Los que están en contra no forman ni un 5% aunque eso no les impide tener un nombre propio, esta pequeña resistencia es conocida como “Mano de Hierro”, y no es menos radical que el gobierno del señor Quequiero. Defienden que si el hombre tomara decisiones por sí mismo de manera libre, se acabaría destruyendo; su lema es esa famosa frase filosófica del hombre es un lobo para el hombre.

Por eso estoy aquí en mitad de la nada, maleta en mano con únicamente lo imprescindible: dos pares de calzoncillos, neceser y algo de dinero. Sí eso, estoy aquí porque quiero arreglar la situación que hay en el país. Estoy aquí porque esto no puede seguir así. Necesito repetírmelo varias veces para conseguir la fuerza necesaria para no dar media vuelta, pero cuanto más lo repito en alto más absurdo me parece. Tenía mucho más sentido esta mañana, cuando me levanté y vi un mensaje de mi jefe que decía que cerraba el hospital. Mi vaso se colmó,

la gente se había pasado de la raya, así que tuve una idea que parecía genial: debía encontrar a una gran figura de autoridad que volviera a poner los puntos sobre las íes de manera racional y encerrar a esas bestias alocadas que se saltaban los stop y jugaban al fútbol-basket.

La idea era buena, tengo un primo que conoce a alguien en la ONU, así que solo tenía que llegar hasta su casa que está a unos 500 kilómetros, pero parece que no solo las personas están haciendo lo que quieren, mi coche también ha decidido que le apetecía dejar de trabajar y ahora no tengo cómo ir. Tras estar lamentándome durante 10 minutos de lo desafortunado que soy, una camioneta roja aparece por el horizonte. Como he visto hacer en unas cuantas películas americanas, levanto el dedo pulgar y para mi sorpresa la camioneta se detiene. Un joven barbudo de unos 30 años se asoma por la ventanilla. Mantenemos una conversación breve que nos permite averiguar que tenemos destinos parecidos. Me subo a la camioneta y veo que está llena de comida, la curiosidad me puede y le pregunto a Javier qué es eso –voy a llevar toda esa comida a la cocina económica de Madrid, ya que el transporte se detuvo después de las elecciones- Es entonces cuando me doy cuenta de que mi plan tenía un gran fallo, no es una persona de autoridad lo que necesito, ¡Necesito más Javieres! Dejarme que me explique. Cuando a este hombre le dijeron que hiciera lo que quisiera, ni dejó de trabajar ni montó una fiesta, lo que ha hecho es reunir comida para llevársela a los que no la tienen, ha recogido a un desconocido en la carretera que estaba completamente perdido. ¿Me planteé yo acaso qué era lo que realmente quería? Quizá no, pero ya lo sé. Y es ahora cuando lo entiendo todo. Hemos interpretado la libertad de una manera errónea. – Libertad no es hacer lo que uno quiere, es querer lo que uno hace, le suelto a mi compañero de viaje, –¿Qué? Juraría que esa frase no era así –Es igual, digo mientras señalo con el dedo índice el pecho de Javier. Tú sí que haces lo que quieres, debemos arreglar esto.

Llevamos tres meses en Madrid, los progresos son asombrosos. He conocido a María. Puede que su objetivo no fuera recorrer 500 kilómetros para llevar comida, pero encajó a la perfección en nuestro proyecto. María es profesora de primaria y cuando sus alumnos empezaron a faltar a clase en vez de retirarse, cambió su forma de enseñar. Con su nuevo programa no solo contaba con la asistencia de todos sus alumnos, también estudiantes de otros colegios se unieron. Fue la primera vez que oí decir a un niño ‘quiero aprender’ y la finalidad no era formar una perífrasis volitiva para un ejercicio de lengua. “Yo quiero formar personas” nos dijo cuando le hicimos la pregunta que hacemos en la entrevista a todos los que quieren entrar en nuestra organización: puedes hacer lo que quieras, ahora bien, dime, ¿qué quieres?

Realmente todo voluntario que esté dispuesto a trabajar en nuestro proyecto está más que aceptado, pero la entrevista nos ayuda a saber qué papel debe desempeñar cada miembro en nuestra pequeña organización, bueno pequeña, creo que me he pasado de humilde porque hemos alcanzado un gran poder nacional. Ya tenemos logo y todo, nos llamamos “Libertad Verdadera” que suena un poco pretencioso pero es pegadizo porque entre nosotros lo acertamos y cogemos sólo la primera sílaba de cada palabra, somos LIVE.

Poco a poco, y lo más sorprendente, sin cambiar de gobierno, estamos restableciendo el orden. La gente ya no tira la basura al suelo ni pincha ruedas, pero no porque les vayan a poner una multa si les pillan, de hecho no existe tal cosa, lo hacen porque se han dado cuenta de que eso no es lo que quieren hacer y de que así no



desean vivir. El índice de personas que se dedican al arte ha crecido un 30%. Se ha utilizado la libertad para desarrollar vocaciones como la pintura, la escritura y el teatro. Esta motivación reciente que ha surgido en nuestro país por el arte de las palabras es una de las razones que me ha llevado a escribir esta historia. Comenzó con la idea de ser un simple entretenimiento y ha acabado sustituyendo a la medicina para convertirse en mi profesión. Ahora solo faltas tú, es tu turno, eres libre ¿Qué quieres hacer?

**Ganador del V Certamen de relatos**

**Bachillerato**

Teresa Guijarro Sánchez. Bachillerato

Colegio Sagrado Corazón Esclavas

Santander

## *LA HISTORIA DE LAS PALABRAS DE NUESTRA VIDA*

La nieve se deshace bajo mis pies descalzos, ya ni los noto. Solo siento cómo las gotas resbalan por mi piel, dejando caminos brillantes cada vez que doy un paso. Ya no sé si lo hago por penitencia hacia mí misma o si las zapatillas de hospital son peores para mis pies que la propia nieve. Bueno, también es verdad que en parte es lo que yo quise.

Por aquel entonces me sentía presa de mi propia vida, una autómatas en la rutina. Estudios, trabajo, entrenamientos, malcomer, insomnio y repetir. Una y otra vez, día tras día. Tal fue mi inmersión en la monotonía que Facebook me tuvo que recordar que era mi cumpleaños.

Veinte años cumplía, mal vividos, todo sea dicho. Durante toda mi vida había sido oprimida, ultrajada, incluso en ocasiones privada de dignidad. Hubo tanto odio por parte de los demás y hacia mí misma, que pensé que el suicidio era demasiado dulce para mí.

Hasta que llegó él. Un príncipe azul, no porque fuera de cuento de hadas, pues él estaba más roto que yo; sino porque es un color que me gusta. Se ve que de estar roto tenía el pegamento perfecto para mí. Y vaya si me ayudó. Me hizo centrarme en mis estudios, empezar a hacer aquel deporte que tanto me gustaba, hasta me consiguió un trabajo. Y todo con una simple frase, "Haz lo que quieras", me dijo. Y mira cómo he acabado.

Aunque haya dicho que no era un cuento de hadas, con 18 años lo vives todo como si lo fuera, o al menos lo maquillas de cara al mundo exterior, como si lo fuera. Pero mi cuento tenía una bruja, ¡y que bruja! Durante todo primero de carrera fue una lucha constante contra ella, que si no confiaba, que si no soportaba su presencia, que si todo lo hacía mal ¿Por qué él tenía que ser feliz y yo seguir con el alma oscura? Porque por si no lo habéis notado, la bruja no era nadie más que mi conciencia.

Con las dudas y la primavera llegando a su fin, terminé primero de carrera y también con mi novio. Entonces apareció la normalidad absorbiéndome, evadiéndome, salvándome. No del dolor o de la tristeza, sino de mí misma. Y con el final del verano empezaría la transformación de persona para ser robot, presa de las ilusiones que muestra la sobreinformación de la televisión.

Volbamos al día de mi cumpleaños número 20, a ese día en el que todo cambió. Todo el mundo estaba ilusionado con los veinte, cambiar de decena, empezar un nuevo año, crear una nueva vida... Excepto yo. En primer lugar, no me di cuenta de que era mi cumpleaños hasta las 02:10, momento en el que me llegó la

notificación de Facebook. Y con ella cientos de felicitaciones de gente que solo quería quedar bien. Pero una me llamó la atención por primera vez tras dos años, la dichosa frasecita “Haz lo que quieras”.

Esta vez venía de la mano de un compañero de infancia. Ese que siempre me protegía y terminaba apaleado por defenderme de los de un curso más. Pero como en esta vida todo lo bueno se acaba, lo perdí. Me cambié de colegio por problemas y de no vernos, la relación se enfrió. Pero ahí estaba, casi diez años después recordándome que lo que yo quería era posible, porque el que quiere, puede.

Se me ocurrió contestarle y preguntarle si quería salir a tomar algo como en los viejos tiempos, solo que con 8 años más. Por ello en vez de acabar en su casa jugando a los videojuegos, terminamos en un pub del barrio bailando descontroladamente. En el estado en que nos encontrábamos no podíamos volver a casa, así que acabamos en una habitación de hotel: él dormido en el sofá y yo sobre una fina colcha de plumas. Al despertarnos, sonreímos recordando las confesiones en voz baja a altas horas de la madrugada. Sin darme cuenta mi cumpleaños había pasado y yo había empezado un nuevo libro.

Cómo contaros que ese “Haz lo que quieras” se convirtió en nuestro “para siempre”. Un para siempre breve, pues cinco años después, un loco que hizo lo que quiso después de beber, me lo arrebató por conducir borracho. Todo comenzó con una llamada de un número muy largo.

- Señorita, le llamó del hospital la Fe, su número estaba en marcación rápida en el teléfono de M.V. Ha tenido un accidente, ahora está en quirófano. -decía la dulce voz de quien pensé sería una enfermera.

- Hum- dije exhalando todo el aire y rompiendo a llorar.

Los siguientes minutos no los recuerdo. La siguiente imagen que tengo clara es de mí corriendo por los pasillos interminables del hospital hasta llegar a la habitación 108, donde intubado y en coma estaba mi esperanza de vida. En ese instante me perdí a mí misma.

De esto solo hace unos meses, en los que me he convertido en otra cosa. Pasé de cosa a persona, de persona a robot y ahora soy una gran maraña de pelos rizados y grandes ojeras azules que opacan la luz de juventud de mi cara. Esta mañana en la 108 me ha despertado un pitido constante, que martilleaba en mis sueños como una alarma. Eran las constantes de M.V. apagándose, pasando a un sueño eterno donde él ya no estaría conmigo, o eso creía yo.

Los médicos me sacaron de la habitación diciéndome que lo que iba a ocurrir podría ser demasiado traumático. Él no entendía que un trauma más, en esos momentos, era el menor de mis problemas. Y tal como me prohibieron la entrada comencé a correr. Iba sin una dirección fija, dando vueltas, hasta que acabé en el parque donde me pidió matrimonio.

Ando por la nieve, descalza, fría, impasible, rendida. Por fin llego a la columnata donde me elevó para gritar a los cuatro vientos lo que sentía por mí. Esta vez subo por las escaleras, y me recuesto sobre el frío

mármol, aunque mi cuerpo ni nota la diferencia. Me dejo ir, haciendo lo que siempre quise, dormir hasta la eternidad. De repente un sonido interrumpe mis pensamientos:

- Bip, Bip, Bip

Me doy cuenta de que es mi teléfono. Lo cojo.

- ¿Sí?- pregunto atemorizada.
- Amor, decidí despertarme y descubro que no estás aquí.

Es su voz un poco más ronca, como si acabara de levantarse. Directamente mi subconsciente ha decidido hacerme feliz antes de dejarse ir.

- Chiqui, no es tu cabeza, no es un sueño. Realmente estoy aquí. Ven a darme mi beso de buenos días, - dice contestando a mi pregunta inconsciente jamás formulada.
- No puedes ser tú, he oído a los médicos, tu corazón se ha parado. Solo eres una desdeñosa ilusión, un dulce que me regala mi mente antes de morir.
- Si así es, ¿cómo es que estoy detrás de ti?

Y me cuelga. Por fin se ha acabado la alucinación. Entonces unos brazos me envuelven junto con una sábana

.- Estoy de vuelta pequeñaja.

Me giro y lo veo, esa sonrisa brillante, su pelo un poco más largo de lo que recordaba y esa actitud que me hace sentir segura a su lado. Me mojo los labios y por fin me besa. Mi cuerpo se relaja y vuelvo a ser feliz. Él me sigue murmurando palabras de amor al oído y así, agarrados, volvemos al hospital, porque se ha escapado para salvarme.

En esta vida hay muchas decisiones, algunas cruciales y otras tan banales como qué vaso eliges para desayunar. Pero todas nos forman como personas. Yo he decidido ser tantas cosas que ni me acuerdo, pero hoy por fin puedo afirmar que he hecho lo que quería. Porque hoy he sido feliz, he sido libre, he sido persona, he sido amante, he sido yo. M.V. también ha sido él, me ha buscado, me ha salvado y sobre todo me ha hecho sonreír. Porque si quieres a alguien, todo lo puedes. Al fin y al cabo, "Haz lo que quieras" también se puede escribir como "Quiere lo que hagas". Porque si lo que hago es vivir, ¿cómo no voy a querer la vida? Y mi vida eres tú.

Firmado: Tu pequeñaja.



## EL HOMBRE EJEMPLAR

Como cada mañana da gusto ver al maestro Lectus, que con su rutina y amor a la regla se despierta y se prepara para un nuevo y jovial día. Se despierta en la celda de piedra, que parece fría, pero es acogedora; me he ahorrado decir que es caliente porque al faltar chimenea no puede encender fuego como fuente de calor. Se levanta del camastro, se lava la cara tres veces con agua bien fría del lavabo de la misma celda y se viste. En ella se respira un aroma de armonía, de paz, en ella todo está en calma y, aunque parezca que es el lugar más idílico, descubrimos que no lo es al ver a maestro Lectus abrir la puerta que da al claustro hecho de la misma piedra, y sale de la celda hacia la otra punta del claustro. En este punto, con el color gris se combina el color verde de la naturaleza que crece libre pero acotada, todo en este lugar guarda relación, la fuente hace el ruido natural del agua pero no lo suficientemente fuerte como para alterar la concentración y el banco de piedra no está ni helado ni caliente (ya que si no sería antinatural). La luz o, mejor dicho, el ambiente es de invierno u otoño mediterráneo, pero a temperatura constante e intermedia entre el frío y el calor. Todo está en un punto intermedio, tal y como dice Sócrates: “La virtud está en el término medio”. Pues acertadamente se podría decir, con toda verdad, que este es el sitio con más virtud que jamás hubieseis visto. Y es que aquí todo parece que reza la regla de los maestros sabientes, y, hablando de la regla, justo ahora maestro Lectus está pasando al lado de la sala de los iniciados, y en ella se oye cómo todos los alumnos aprenden la regla cuyo primer artículo es que se ha de vivir desde el corazón. Los demás artículos no le gustan tanto al maestro, ya que son mucho más severos, pero al fin y al cabo se han de cumplir, pues es la forma más segura de vivir desde el corazón. Pero muchas veces Lectus pensaba y reflexionaba sobre si era la única manera de actuar desde el corazón, Él creía que no, pero no sabía de qué otra manera se podría llegar, aunque tenía esperanzas en que maestro Senes (el más sabio, místico y anciano de los maestros) algún día lo descubriría (si no lo había hecho ya) y lo compartiría con él.

Bueno, sigamos con la rutina del maestro. Ahora este baja al patio a hacer asamblea con sus alumnos. El maestro Lectus, al reunirse con sus aprendices, oye que un murmullo dice pestes contra maestro Senes, estas acusaciones son debidas a que el maestro Senes no tenía (porque no quería) acólitos ni alumnos. Así pues, cuando maestro Lectus pregunta de qué se trata la parla, Petrus, el más afiliado a su maestro, le responde que discuten el por qué Senes, solo por el hecho de ser más anciano, ha abandonado toda regla y hace lo que le da la gana, sin preocuparse de enseñar a otros más jóvenes, que es lo que debería hacer y es lo que manda la regla. Entonces el maestro Lectus, muy pausadamente y de forma sosegada para no ofender, responde: -Si me estáis diciendo que Senes debería enseñar y vosotros aprender ¿por qué, pues, intentáis vosotros enseñarle a él? ¿Os

creéis maestros? Él sí lo es, de maestro, y muy merecidamente, entonces ya sabe qué hacer. Debéis saber que maestro Senes es el más sabio de los maestros, por eso se merece respeto, por eso nadie le dice nada, porque ya sabe lo que se hace. Pero no solo le tenéis que admirar por su sapiencia sino también por su estudio, ahora entenderéis, si escucháis.

En un mundo que podría parecer, aunque algunos dirían que lo es, muy cívico, todos actuaban casi de igual modo, daba igual lo que hiciesen porque como que todos actuaban igual, no se juzgaban y todo era lícito, solo había un hombre que actuaba de forma distinta y los demás no se paraban a pensar si era lícito lo que hacía o si su ética era mejor que la suya, solo tenían tiempo para criticarle. Por la mañana este hombre quitaba el hielo de la acera para evitar que la gente resbalara. Cuando se cruzaba con alguien siempre deseaba los buenos días o buenas tardes, a todas horas se prestaba a ayudar a los demás y hacía muchas otras cosas con una finalidad bondadosa y desinteresada. La gente lo criticaba por todo esto y más, no entendían por qué tenía que ser distinto; sin embargo él no se molestaba en prestar atención a las críticas y seguía actuando igual, siempre con una sonrisa en la boca. Mientras él actuaba así, los demás se regían por unas normas bastante estrictas, que conseguían que todos ellos viviesen en armonía, la verdad es que solo alteraba la paz el hombre que quería actuar de modo distinto.

-Así pues -les pregunta Lectus a sus alumnos- ¿cuál de ellos creéis que actuó desde el amor, el que hacía lo que quería o los que seguían una regla?

Petrus respondió: -El que hacía lo que quería porque le movía el corazón.

Lectus: - ¿Y por qué creéis que no estaba mal la actitud de *ande yo caliente, ríase la gente*?

Petrus: - Maestro, la respuesta es la misma: porque le movía el corazón.

Lectus: Exactamente, mi querido alumno, y ahora decidme: ¿no encontráis relación entre el cuento y nuestra comunidad?

A ello, los alumnos respondieron con excusas, tal vez no se atrevían a compartir respuesta tan drástica. Suerte que Lectus les dijo: - A ver, voy a mirar de ayudaros en vuestra reflexión. ¿No aparece en el cuento un hombre que hace o se mueve de manera distinta, pero con el mismo objetivo que los otros de vivir en paz (ya que usaba el amor para vivir armónicamente con los demás), y este es criticado, sin que los demás se fijen en si tiene razón o no a la hora de actuar? Y ¿no hay en el cuento una comunidad que se rige por unas mismas reglas y que vive en armonía, pero a veces le cuesta observar otros modos de vivir desde el corazón?

A ello Petrus respondió: -Sí, maestro. Y contestó Lectus: -Así pues, comparadme vosotros cuáles de nosotros perteneceríamos a un grupo o a otro.

Entonces respondieron los alumnos todos: - Sin duda alguna, maestro Lectus, que sabemos que el hombre que vivía de forma distinta es maestro Senes y la comunidad regida por unas normas iguales somos todos los demás de esta nuestra comunidad.

-Entonces- dijo Lectus- id a ver al maestro Senes y actuad desde el corazón diciéndole los rumores que corrían a sus espaldas, esto es, disculpaos.

Los alumnos fueron a buscar al maestro Senes y le dijeron: --- Lo sentimos, maestro, porque como que haces lo que quieres y no nos enseñas, creíamos que no actuabas desde el corazón, pero ahora hemos comprendido que hay más de una forma de actuar desde el corazón, no solo usando nuestra estricta regla.

Senes: - ¿Cómo que no os enseño? En la vida siempre se enseña, yo os enseñaba con ejemplos una forma distinta de actuar y vivir en libertad, pero desde el amor, quizás erais vosotros los que no queráis aprender.

A ello respondieron los alumnos: - Pero, maestro, si nos hubiese enseñado como lo hace el maestro Lectus, que nos sentamos a su alrededor y entonces sabemos que nos va a enseñar...

Rápidamente les cortó Senes: - Yo no os tengo que decir cuándo os estoy enseñando y cuándo no, yo os enseño siempre, pero además no os lo digo, porque tenéis que ser vosotros los que busquéis el conocimiento en mis enseñanzas, ya que hacer lo que uno quiere, pero desde el corazón, es muy difícil, por eso tenéis que tener vosotros la iniciativa.

A partir de ese día se reformó la regla y la comunidad empezó a comprender que se podía vivir la vida de un modo libre y desde el corazón, claro está que como esto es más difícil de aprender se necesita casi toda la vida.

Niño iniciado: - Entonces, maestro Petrus, fue ese día en el que se abolieron las clases.

Hijo querido, creo que te tendré que volver a contar la historia otra vez, que no has comprendido que la vida es una clase.

Joan Marcó Vergés 1º Bachillerato  
Fundación Educativa ACI-Colegio Shalom  
Barcelona